

**Audiolibro Resurrecci N De Le N
Tolst I Segundaparte Cap Tulos I Xiii**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Fred Brennan** (*Simi Valley*) - - - - SEGUNDA PARTE I El asunto de Maslova debía debatirse en el Senado probablemente lo más tarde dentro de quince días. Nejludov, pues, decidió ir en aquel momento a Petersburgo a fin de realizar allí las gestiones necesarias y, en caso de que fuera recusada la instancia, presentar el recurso de gracia, como le había aconsejado el abogado. En caso de que todo fracasara, y, según el abogado, era algo con lo cual había que contar, tan débiles eran los argumentos que se esgrimían, a Maslova la incluirían sin duda en un convoy de forzados que partiría a comienzos de junio. Como Nejludov continuaba resuelto a seguirla a Siberia, había decidido trasladarse inmediatamente a los pueblos que le pertenecían para dejar arreglados allí todos sus asuntos. Se dirigió primeramente a Kuzminskoie, que era la propiedad más cercana, la más amplia y que le proporcionaba sus principales ingresos. Había vivido allí en su infancia y en su juventud; después volvió dos veces, y una tercera aún, a instancias de su madre, para instalar allí a un administrador alemán, en compañía del cual había inventariado la finca. Sabía, pues, desde hacía mucho tiempo la situación de ésta y las relaciones que existían entre los mujiks y la «oficina», es decir, el propietario; ahora bien, estas relaciones se reducían a una sumisión completa de los campesinos a la oficina. Todo aquello, Nejludov lo conocía ya, desde su estancia en la universidad, cuando profesaba y exaltaba la doctrina de Henry George, pues en virtud de esta doctrina había abandonado a los campesinos la tierra que le provenía de su padre. Más tarde, es cierto, al abandonar el ejército, se había puesto a gastar veinte mil rublos por año, y, al dejar de ser obligatorios para él todos aquellos conocimientos, los había olvidado por completo; y no solamente no se preocupaba de saber de dónde venía el dinero que le daba su madre, sino que incluso se esforzaba en no pensar en ello. Sin embargo, a la muerte de esta última, al ser necesario arreglar la herencia y necesitando disponer él mismo de sus bienes, había renacido en él el problema de sus derechos y de sus deberes de propietario rústico. Un mes antes no habría encontrado en él la fuerza necesaria para cambiar el orden existente de las cosas: no era él mismo quien administraba la propiedad, limitándose a vivir lejos de sus tierras y recoger los ingresos. Ahora que había resuelto hacer un gran viaje a Siberia, donde le haría falta mantener relaciones complicadas y difíciles con el personal de las cárceles, lo que le crearía una necesidad de dinero, no podía, pues, dejar sus asuntos en su antiguo estado, y era importante modificarlos, incluso en detrimento de sus intereses. Con este objeto había resuelto no cultivar él mismo la tierra, sino alquilarla a bajo precio a los campesinos, dándoles así la facilidad de liberarse de la dependencia de los propietarios. A menudo, al comparar la situación del terrateniente actual con la del propietario de siervos, había comparado este alquiler de la tierra a los campesinos, en lugar de su cultivo por siervos de la gleba, a lo que hacían los poseedores de siervos al sustituir el diezmo por los trabajos obligatorios. No radicaba ahí la solución del problema, pero era un paso hacia esa solución: la transición de una forma de mayor violencia a otra más dulce. Y era lo que tenía intención de hacer. Nejludov llegó a Kuzminskoie hacia mediodía. Habiendo simplificado en todo su vida, ni siquiera había teleografiado que llegaba. En la estación alquiló un pequeño tarentass de dos caballos. El cochero, joven mujik vestido con una casaca de nanquín, cortada por un cinturón más bajo que su largo talle, se había sentado de costado en su asiento para hablar más cómodamente con el barin; eso le resultaba tanto más fácil cuanto el caballo delantero era cojo y estaba fatigado, y el otro caballo era delgado y débil; podían, pues, así caminar a pasitos, lo que colmaba su deseo. El cochero hablaba del intendente de Kuzminskoie, no figurándose ni remotamente que se dirigía al propietario, pues Nejludov lo había tuteado en seguida. — ¡Un alemán muy listo, verdaderamente chic! — dijo el cochero, quien había vivido en la ciudad y había leído novelas. Medio vuelto hacia el viajero, acariciando con la mano el largo mango de su látigo y queriendo indudablemente hacer demostración de su saber, continuó: — Se ha pagado un coche con una troika soberbia; y cuando va a pasear con su esposa, eclipsa a todo el mundo. En el invierno, en Navidad, tenía en su casa un hermoso

árbol; llevé allí a invitados. Pues bien, tenía como chispas eléctricas y no se habría podido encontrar uno semejante en todo el gobierno. ¡Ah, ha amasado dinero de una manera espantosa! ¿Y por qué? Hace lo que se le antoja. Dicen que acaba de comprar una finca excelente. Nejludov creía que le resultaba indiferente saber la manera como el “alemán” administraba su propiedad y se aprovechaba de la misma; pero el relato del cochero de alta estatura no dejaba de producirle por eso una impresión desagradable. Gozaba con la esplendidez del día, con la carrera de las nubes grises que, por instantes, velaban el sol; gozaba con el espectáculo de los cameos de los mujiks detrás de sus carretas, de los espesos sembrados de verduras por encima de los cuales revoloteaban las alondras, de los bosques revestidos ya, de arriba abajo, de hojas tiernas, de los prados donde habían soltado a los caballos y a los bueyes; pero no gozaba de todo eso con la intensidad que habría deseado. Por momentos, algo desagradable lo ensombrecía, y cuando se preguntaba qué, se acordaba de las palabras del cochero sobre el modo como el “alemán” administraba su propiedad. Llegado a Kuzninskoie, donde empezó a ocuparse en arreglar sus asuntos, aquella impresión desapareció. Examinó los libros de la oficina y recibió las explicaciones de un escribiente que se esforzaba con toda ingenuidad en demostrarle la plusvalía de una propiedad, siendo así que los campesinos no tenían más que muy pocas tierras, enclavadas en las tierras señoriales; y eso, por el contrario, fortificó a Nejludov en su resolución de ceder enteramente sus tierras a los mujiks, en lugar de explotar el dominio por su cuenta. Por el examen de los libros y las palabras del escribiente adquirió, en efecto, la prueba de que las dos terceras partes de sus campos seguían siendo cultivadas, como antes, por sus siervos de la gleba con la ayuda de aparatos perfeccionados, en tanto que se daba a los campesinos cinco rublos por deciatina para cultivar la otra tercera parte. Dicho de otra manera, a cambio de cinco rublos, el campesino tenía que labrar tres veces, arar igualmente tres veces y sembrar una deciatina; luego segar, agavillar, trillar y ensacar, trabajo por el cual un obrero habría pedido por lo menos diez rublos por deciatina. Además, se hacía pagar a los mujiks, a un precio muy elevado, todo lo que les proporcionaba la administración. Pagaban también con su trabajo el derecho de pasto en los prados y en los bosques; pagaban por las hojas de patatas y de cualquier manera siempre seguían siendo deudores de la administración; por tanto, terrenos casi improductivos se les alquilaban a cuatro veces más de lo que su valor podía proporcionar al cinco por ciento. Nejludov sabía ya todo eso; pero se enteraba hoy como si fuera una cosa nueva y se asombraba de que él y sus semejantes no viesan hasta qué punto era anormal ese estado de cosas. Por su parte, el intendente se ingeniaba en demostrarle los inconvenientes y los peligros de su proyecto. Según él, habría que dar por nada el material inventariado, por el que no ofrecían ni la cuarta parte de su valor; sin duda alguna los campesinos estropearían la tierra y, en definitiva, ¿cuánto no perdería él mismo? Pero todos aquellos argumentos no hacían más que confirmar a Nejludov en la belleza del acto que iba a realizar cediendo sus tierras a los campesinos y sacrificando así la mayor parte de su renta. Por eso quiso acabar aquello antes de su marcha. Encargó, pues, al intendente que se ocupase, cuando hubiera partido, de segar el trigo y venderlo, así como el material y las construcciones superfluas. Por el momento, le rogó que reuniese al día siguiente a los campesinos de Kuzninskoie y de los pueblos de los alrededores para que él mismo pudiera anunciarles su decisión y convenir con ellos el precio del arrendamiento. Encantado de la firmeza que había opuesto a los argumentos del alemán y de su abnegación en favor de los mujiks, Nejludov abandonó la oficina para dar una vuelta por la casa. Pasó a lo largo de los parterres, descuidados este año, que se extendían ante la casa del administrador; atravesó la pista de tenis, invadida por la achicoria silvestre; en la alameda de los tilos, donde en otros tiempos iba a fumar su cigarro, se acordó de una novelita de galanteo bosquejada tres años antes con la encantadora señora Kirimov. Cuando hubo combinado el plan del discurso que pronunciaría al día siguiente ante los mujiks, volvió a entrar para tomar el té con el intendente, adoptó con él las disposiciones completas para la liquidación de la propiedad y, perfectamente tranquilo, dichoso por el servicio que iba a prestar a los campesinos, se dirigió a la habitación reservada para los huéspedes de paso, que le estaba destinada en la casa grande. Era una habitación pequeña y limpia. En las paredes había colgadas vistas de Venecia y un espejo colocado entre las dos ventanas; sobre una mesa, cerca de la cama de colchón de muelles, estaban situados un jarro de agua, un vaso, cerillas y un apagavelas. Delante del espejo, sobre la gran mesa, estaba abierta la maleta de Nejludov, que contenía el neceser y algunos libros: uno ruso, Ensayos e investigaciones sobre la ley de la criminalidad; uno alemán sobre el mismo tema, y una obra inglesa. Se había propuesto leerlos en los momentos libres, durante el examen de sus propiedades. Aquel día no tenía ya tiempo para eso y se disponía a acostarse a fin de estar dispuesto al día siguiente bien temprano para sostener su conversación con los campesinos. En un rincón había un viejo sillón de caoba con incrustaciones. La vista de aquel sillón, que había amueblado en otros tiempos la alcoba de su madre, despertó en su alma un sentimiento muy inusitado. Se sorprendió entristeciéndose por aquella casa que caería en ruinas, y aquel jardín que se quedaría yermo, y aquellos bosques, que serían talados; todas aquellas dependencias, cuadras, establos, graneros; aquellas máquinas, aquellos caballos y aquellas vacas, aunque no hubiese sido él quien lo

hubiese establecido y conservado todo a costa de tantos esfuerzos. Hacía un momento le parecía fácil renunciar a aquellas pertenencias, pero ahora lo lamentaba; lamentaba incluso la pérdida de las tierras, con su parte de ingresos que pronto podían serle tan útiles. Llegó así a forjar numerosos argumentos para llegar a la conclusión de que sería insensato ceder sus tierras a los campesinos y abandonarles la explotación de sus bienes. «Esas tierras no debo poseerlas; y, sin poseerlas, no puedo cuidarme de toda esta propiedad. Y voy a irme a Siberia: por tanto, no tengo necesidad ni de casa ni de tierras», decía una voz en él mismo. «Todo eso es verdad —respondía otra voz—, pero no vas a Siberia para toda la vida. Si te casas, tal vez tengas hijos. Tus propiedades lo fueron legadas en debida forma y debes dejarlas tal como están. Es muy fácil abandonar, destruir, pero es muy difícil edificar. Te hace falta sobre todo pensar en el porvenir de tu vida, en lo que harás de ti, y regular sobre estas bases la cuestión de tus bienes. ¿Y es completamente definitiva tu decisión? Y otra cosa aún. ¿Obras así verdaderamente para satisfacer tu conciencia o no es más bien para poder jactarte de ello ante otros hombres?» Nejludov se planteaba esta pregunta y se veía obligado a reconocer que la opinión de otros, el pensamiento de lo que dirían de él, influían en su decisión. Y cuanto más reflexionaba en aquello, más numerosas se le presentaban las preguntas y más insolubles se hacían. Para evadirse de aquello, se acostó en la limpia cama y trató de dormirse, con la esperanza de que al día siguiente, con la cabeza tranquila, esas preguntas tan complicadas se resolverían por sí solas. Pero el sueño tardó en venir. Las ventanas entreabiertas al aire vivo de la noche dejaban pasar los rayos de la luna, el croar de las ranas, el canto de los ruiseñores en el fondo del parque; uno de éstos incluso cantaba muy cerca, bajo las ventanas, en un bosquecillo de lilas. Y su canto, y el croar de las ranas, le recordaron la música de la hija del director; al acordarse del director, se acordó de Maslova. Y el mismo croar evocó en él la manera como los labios de la presa temblaban al decirle: «¡Hay que dejar eso!». Y fue el intendente alemán el que se hundía en el estanque de las ranas y al que hacía falta recoger. En lugar de ello, se había convertido súbitamente en Maslova y gritaba: «¡Yo soy una forzada; tú, un príncipe!» «No —se dijo Nejludov—, no cederé.» Y se despertó preguntándose: «Lo que hago, ¿está bien o está mal? ¡No sé nada y poco me importa! Sólo hace falta dormir.» A continuación sintió que se hundía a su vez en el mismo sitio adonde habían bajado el intendente y Maslova, y todo se desvaneció. II Eran las nueve cuando Nejludov se despertó a la mañana siguiente. Al primer ruido que hizo, el joven escribiente destinado a su servicio le trajo sus botines, que nunca habían estado tan relucientes; puso también a su alcance un cántaro lleno de agua fresca y clara de manantial y le comunicó que los campesinos empezaban a reunirse. Nejludov saltó de la cama y se acordó de los acontecimientos de la víspera. Ya no quedaba en él ninguna de sus vacilaciones en lo relativo a ceder sus tierras, y estaba sorprendido de haber tenido aquellos pensamientos. Se alegraba ahora de tener que ejecutar aquel acto, que lo hacía sentirse no solamente dichoso, sino complacido consigo mismo. Desde su ventana distinguía el césped de la pista de tenis, invadida por las achicorias silvestres y donde, a indicación del intendente, se agrupaban los campesinos. Las ranas no habían croado sin motivo la noche anterior: el tiempo había cambiado. Nada de viento, pero una llovizna menuda y tibia que caía desde por la mañana y se suspendía en gotitas de las hojas, de las ramas y de las hierbas. Un olor a verdura y a tierra sedienta de lluvia penetraba por la ventana entreabierta. Nejludov observaba la llegada sucesiva de los mujiks al césped, el modo como se quitaban su gorro o su gorra uno tras otro, formaban en círculo y hablaban, apoyados sobre sus bastones. El intendente, un hombre grueso y membrudo, con chaquetilla de cuello enterizo y de color verdes con enormes botones, penetró en la habitación. Anunció a Nejludov que la concurrencia estaba completa, pero que no había necesidad de que se diese prisa en dirigirse allí; podía antes tomar su café o su té, puesto que las dos cosas se las habían preparado ya. —No, gracias; primero voy a verlos —replicó Nejludov. Y, a punto ya de hablar con ellos, experimentaba un sentimiento inesperado de timidez y de vergüenza. El deseo que aquellos campesinos habían considerado siempre como un sueño, iba a ejecutarlo en provecho de ellos. Estaba dispuesto a cederles a bajo precio todas las tierras del pueblo, a ofrecerles ese bienestar. Y sin embargo, experimentaba como una especie de desazón. Cuando estuvo cerca de ellos y todos se hubieron destocado delante de él y vio al descubierto sus cabezas rubias, rizadas, calvas o grises, la turbación que se apoderó de él le impidió hablar durante un largo rato. La fina lluvia continuaba cayendo, depositando gotitas sobre los cabellos y las barbas y sobre los pelos de los caftanes. Los mujiks clavaban los ojos en el barin, en espera de lo que éste iba a decir, en tanto que él mismo estaba demasiado turbado para hablar. El intendente se decidió a romper aquel silencio penoso; plácido y seguro de sí mismo, aquel alemán hablaba muy bien el ruso y se vanagloriaba de conocer a fondo al mujik. Los dos, él, fuerte y grueso, y, al lado, Nejludov, ofrecían un contraste impresionante con los rostros arrugados y los flacos cuerpos de los campesinos perdidos en sus caftanes. —He aquí que el príncipe quiere haceros bien. Quiere cederos las tierras, aunque no os lo merecéis —dijo el intendente. — ¿Por qué no nos lo merecemos, Vassili Carlitch? ¿No hemos trabajado para ti? Estábamos muy contentos con la difunta princesa, ¡que el Señor le conceda el reino de los cielos!, y en cuanto al joven príncipe, gracias le sean dadas y que no nos abandone —respondió un

pequeño mujik pelirrojo y locuaz. —Para esto os he convocado: si queréis, os cederé todas mis tierras —dijo Nejludov. Mudos, los campesinos parecían no comprender aquellas palabras o no creer en ellas. — ¿Y en qué sentido, por decirlo así, nos cede las tierras? —preguntó por fin un mujik de edad mediana, vestido con una casaca. —Os las arrendaré para que vosotros os beneficiéis de ellas por un precio módico. — ¡Bonito negocio! —murmuró un viejo. —Con tal que el precio esté a nuestro alcance... —opinó otro. — ¿Y por qué no aceptar la tierra? —Eso lo sabemos: ¡es la tierra la que nos da de comer! —Y para usted será más tranquilidad. No tendrá que hacer más que recibir el dinero, en tanto que ahorre, ¡cuántas molestias! —dijeron varias voces. —Vosotros tenéis la culpa — declaró el alemán—. Lo que tenéis que hacer es trabajar y mantener el orden. —Pero eso no es fácil para nosotros, Vassili Carlitch —replicó un flaco anciano de puntiaguda nariz—. Tú nos reprochas haber dejado ir el caballo al campo de trigo. Pues bien, yo que trabajo todo el día, un día largo como un año, manejando todo el tiempo la hoz u otra cosa, ¿qué más natural, cuando la noche llega, que se quede uno dormido Y he aquí que si el caballo se escapa a tu campo, es a mí a quien le arrancas la piel. —Es obligación vuestra tener más orden. —Eso del orden es fácil de decir. Pero nosotros no podemos hacer lo imposible —respondió un mujik de alta estatura, con el cráneo y el rostro todo negro de pelos. —Os he dicho muchas veces que pongáis vallas en vuestros campos. — ¡Danos tú la madera! —dijo un hombrecillo seco, escondido detrás de un grupo—. El verano pasado quise hacer una valla y corté un árbol; y me enviaste durante tres meses a alimentar mis piojos en la cárcel. ¡He ahí lo que son tus vallas! — ¿Qué dice? —preguntó Nejludov. —El ladrón de la aldea —respondió el intendente en alemán—. Todos los años tala nuestros árboles. —Y, volviéndose hacia el campesino—: Eso te enseñará a respetar la propiedad del prójimo. — ¿Pero es que no te respetamos? —replicó un viejo—. Nos vemos obligados a ello porque nos tienes en tus manos y nos retuerces como al cáñamo. — ¡Vamos, hermanos! Nunca se os maltrata si no maltratáis vosotros a los demás. — ¡Sí, maltratarte! Este verano me rompiste la boca, y no pasó nada. Al rico no le forman proceso, es evidente. — No tienes más que comportarte conforme a la ley. Aquello era, evidentemente, un torneo de palabras en que los campeones no tenían objetivo alguno y no sabían siquiera por qué discutían. Se notaba solamente, por un lado, la cólera contenida por el terror; y por el otro, la conciencia de la superioridad y de la fuerza. Apenado por tener que oír aquella conversación, Nejludov trató de enderezar la discusión hacia el tema principal: establecer los precios y las fechas de pago. —Bueno, ¿qué decidís respecto a la cesión de mis tierras? ¿Estáis de acuerdo? ¿Y qué precio ofrecéis para arrendarlas? —La mercancía es de usted: es usted quien tiene que fijar el precio. Nejludov les propuso uno mucho más inferior al que se pagaba corrientemente, lo que no les impidió regatear y encontrarlo demasiado caro. Él había pensado que acogerían su propuesta con entusiasmo, pero no vio manifestarse en ellos satisfacción alguna. Ésta existía no obstante, y Nejludov tuvo la prueba casi cierta de que consideraban su propuesta como una excelente ganga. En efecto, cuando se trató de saber si tomarían en arriendo las tierras toda la comunidad o solamente un grupo de campesinos, se entabló una discusión muy viva entre los que querían excluir a los débiles y a los malos pagadores y aquellos a los que se quería excluir; por fin, tras la intervención del intendente, se fijaron el precio y los plazos de pago. Los mujiks se retiraron hablando con animación, y Nejludov volvió a la oficina para redactar con el intendente el proyecto de contrato. Así, pues, todo se arregló como había deseado y esperado Nejludov. Los campesinos tenían la tierra con un treinta por ciento menos que en cualquier sitio de los alrededores, y, si sus rentas se veían así reducidas a la mitad, todavía seguían siendo respetables, sobre todo con lo que iba a producir la venta de la madera y del material. Todo, pues, parecía perfecto, y sin embargo Nejludov se sentía desazonado: había creído ver que, a despecho de las palabras de gratitud de algunos, los mujiks parecían descontentos, como si hubiesen esperado algo más. Resultaba, pues, que él mismo se había privado de un gran provecho sin otorgarles sin embargo los beneficios que ellos esperaban. A la mañana siguiente, habiendo sido firmado el contrato, los ancianos de pueblo acompañaron en su regreso a Nejludov. Éste, que tenía el sentimiento desagradable de que dejaba detrás de él algo inacabado, subió al elegante coche del intendente, como lo había calificado el cochero la antevíspera, y partió hacia la estación, después de haberse despedido de los mujiks, que meneaban la cabeza con aire descontento. Y él también, sin saber por qué, se sentía descontento, triste y casi avergonzado. III Desde Kuzminskoie, Nejludov se dirigió a la propiedad legada por sus tías, aquella misma donde había conocido en otros tiempos a Katucha. También aquí, como en Kuzminskoie, quería ponerse de acuerdo con los campesinos para cederles sus tierras; y, al mismo tiempo, contaba con informarse lo más exactamente posible sobre Katucha y su hijo. ¿Había muerto éste verdaderamente? ¿Cómo? Llegó temprano a Panovo. Primeramente, al entrar en el patio, se sintió impresionado por el abandono de todas las construcciones y sobre todo por la vieja vivienda. El tejado de hierro, otrora pintado en verde, estaba rojo de herrumbre y en muchos sitios levantado por el viento. En algunos puntos, donde era más fácil, habían robado las planchas que recubrían las paredes, y de éstas salían, grandes clavos herrumbrosos. Las dos escalinatas, la de delante y principalmente la de atrás, que era la que

estaba más clavada en su recuerdo, se hallaban podridas, en ruinas, y no quedaba de ellas más que el esqueleto; en algunas ventanas había tablas que reemplazaban a los cristales; en el interior, todo estaba sucio y húmedo, desde el ala donde se alojaba el administrador, hasta las cocinas y las cuadras. Sólo el jardín había escapado a aquel ambiente de desolación: había crecido con toda libertad y estaba lleno de flores. Detrás del seto, Nejludov veía, como una cortina de grandes nubes blancas, las ramas floridas de los cerezos, de los manzanos y de los ciruelos. El macizo de lilas estaba florido del mismo modo que doce años antes, el día en que Nejludov, jugando en persecución de Katucha, que entonces tenía dieciséis años, había caído delante de aquel macizo y se había pinchado con las ortigas del foso. Un alerce, plantado cerca de la casa por Sofía Ivanovna y que Nejludov había visto de la altura de una estaca, se había convertido en un gran árbol y estaba revestido de un musgo aterciopelado, verde y amarillo. El río fluía entre sus orillas, espumeando ruidosamente en la esclusa del molino. Y más allá del curso de agua, el ganado disperso del pueblo pasaba en rebaños por la graders. El administrador, un seminarista que no había terminado sus estudios, salió sonriendo al encuentro de Nejludov. Sonriendo, lo invitó a entrar en la oficina, y siempre con la misma sonrisa, que parecía prometerle algo extraordinario, desapareció detrás de un tabique. Nejludov oyó cuchichear algunas voces, y luego todo calló. El cochero que había traído a Nejludov volvió a partir con un tintineo de cascabeles, después de haber recibido su propina. Un gran silencio reinaba alrededor de la casa. En una rápida carrera pasaron ante la ventana primeramente una muchacha descalza vestida con una camisa bordada; luego, detrás de ella, un mujik calzado con grandes bolas. Nejludov se sentó cerca de la ventana y se puso a mirar y a escuchar. El soplo fresco de la primavera, que levantaba sus cabellos sobre la frente humedecida por el sudor, y al mismo tiempo los cuadrados de papel colocados sobre el alféizar de la ventana, le traía un olor sano de tierra recién removida. Procedente del río se escuchaba el ruido cadencioso de las galas que golpeaban la ropa y el sonido que se extendía sobre la superficie de agua de la esclusa, y todavía, en el hondón del molino, la caída regular del agua; y al mismo tiempo, con un bordoneo asustado, una mosca pasó cerca de su oído. Nejludov se acordó hasta qué punto en otros tiempos, cuando aún era joven e inocente, le gustaba oír aquel ruido de las galas sobre la ropa mojada, y aquella caída regular de la esclusa; cómo entonces la brisa primaveral venía a levantar sus cabellos sobre la frente mojada y levantaba también los cuadrados de papel sobre el alféizar tallado de la ventana y cómo ya entonces una mosca había pasado zumbando cerca de su oído; y no sólo su pensamiento le representaba a aquel mismo adolescente que él había sido, sino que de nuevo se sentía fresco, puro, capaz de realizar las cosas más bellas, como lo había sido a los dieciocho años. Pero al mismo tiempo sentía la ilusión propia de los sueños, y una profunda tristeza le invadía. — ¿A qué hora quiere usted que le sirvan la comida? — le preguntó el administrador sonriendo. — Cuando usted quiera. No tengo hambre. Primeramente voy a dar una vuelta por el pueblo. — ¿No querría usted entrar antes en la casa? Dentro, todo está en orden. Ya que en el exterior... — No, después. Y ahora, dígame, se lo ruego, ¿hay aquí una mujer que se llama Matrena Jarina? Era la tía de Katucha. — Sí, está aquí, en el pueblo. Buenos quebraderos de cabeza me da. Es ella quien tiene la taberna. Por más que la reprendo y la amenazo con un proceso si no paga, en el último momento, me da lástima. Pobre vieja. Y además tiene mala suerte — dijo el administrador con aquella sonrisa en la que se manifestaban el deseo de ser amable con su dueño y la seguridad de que éste estaba tan versado como él en los negocios. — ¿Y dónde vive? Quiero ir a verla. — Al otro extremo del pueblo, la tercera casa antes de la última. Después de una casa de ladrillos que verá usted a la izquierda, está su taberna. Por lo demás, ¿quiere usted que lo lleve? — dijo el administrador con una alegre sonrisa. — No, gracias, ya la buscaré yo. Mientras tanto, le ruego que reúna a los campesinos delante de la casa para que pueda hablarles a propósito de las tierras — dijo Nejludov con la intención de concluir con los mujiks aquella misma tarde si era posible, mediante acuerdos análogos a los que había concertado en Kuzminskoie. IV En el sendero trazado a través de la pradera, Nejludov se encontró con la misma joven campesina de camisa bordada y delantal abigarrado a la que había visto pasar un momento antes corriendo ante la casa. Volvía del pueblo, corriendo siempre a paso vivo con sus grandes pies descalzos. Su mano izquierda, colgante, marcaba la cadencia de su carrera; con la mano derecha apretaba enérgicamente sobre el vientre un gallo rojo que balanceaba su cresta purpúrea y que, tranquilo en apariencia, no cesaba de mover los párpados, de extender o de recoger debajo de él una de sus negras patas o de pegar sus espolones al delantal de la joven campesina. Ésta aflojó el paso al acercarse al barin, se detuvo al llegar a su altura y echó atrás la cabeza para saludarlo; y solamente cuando él se hubo alejado ella reanudó su carrera en compañía de su gallo. Cerca del pozo, Nejludov encontró a una vieja de encorvada espalda que caminaba llevando dos cubos llenos de agua. Dejando los cubos en el suelo con mucha precaución, la vieja le saludó con aquel mismo movimiento de cabeza. Pasado el pozo, empezaba el pueblo. El día era claro y cálido; a las diez de la mañana hacía ya un calor bochornoso, y las nubes que se amontonaban velaban de vez en cuando el sol. A lo largo de la calle, un olor a estiércol, agrio y picante, pero no desagradable, emanaba de los carros que subían la cuesta y de los montones formados en los patios, cuyas puertas

estaban abiertas de par en par. Detrás de los carros, los mujiks, descalzos, con las camisas y los pantalones manchados de estiércol, miraban con curiosidad a aquel barin alto y vigoroso, de sombrero gris, cuya cinta de seda espejeaba al sol y que subía por la calle del pueblo dando golpecitos a cada paso con su bastón nudoso con puño de plata. Los campesinos que volvían de los campos se removían sobre el asiento de sus carros vacíos, se quitaban sus gorros y examinaban con sorpresa a aquel hombre extraordinario que iba avanzando. Para verlo, las mujeres salían a las puertas y, señalándolo, lo seguían con los ojos. En la cuarta puerta, Nejludov hubo de detenerse, a la salida de un patio, para dejar salir a una carreta muy alta cargada de estiércol sobre el cual habían colocado una esterilla para que sirviera de asiento. Un niño de seis años, esperando la ocasión para trepar a lo alto de la carreta, caminaba detrás de ella con el rostro resplandeciente. Un joven mujik calzado con botas de fieltro estaba ocupado en hacer salir unos caballos a la calle. Un potrillo gris azulado, alto de patas, franqueó la puerta; pero, asustado al ver a Nejludov, se arrimó a la carreta, golpeándose las patas contra las ruedas, y se precipitó hacia su madre, enganchada al mismo carro, la cual, inquieta, relinchó dulcemente. Otro carro era conducido por un viejo delgado que aún se mantenía bien derecho; iba descalzo, vestido con un pantalón a rayas y una blusa larga y sucia que dibujaba por detrás el arco saliente de su columna vertebral. Cuando por fin los vehículos se encontraron en la calle sembrada de restos de estiércol seco, el viejo volvió hacia la puerta y se inclinó ante Nejludov. —Sin duda es usted el sobrino de nuestras señoritas, ¿no? —Sí, sí. — ¡Bienvenido! ¿Ha venido usted a vernos? —prosiguió el campesino, a quien le gustaba hablar. —Sí, sí.. Y vosotros, ¿cómo vivís? —preguntó Nejludov, no sabiendo qué decir. — ¡Vamos! ¡Hablar de nuestra vida! ¡De lo más miserable! —respondió el viejo locuaz, pareciendo hallar placer en decirlo. — ¿Y por qué miserable? —preguntó Nejludov franqueando la puerta cochera. — ¡Sí, de lo peor! —dijo el viejo, siguiendo a Nejludov bajo un tejadillo donde el suelo estaba limpio de estiércol—. Mire usted. Aquí, en mi casa, tengo doce almas —prosiguió, señalando a dos mujeres que, habiéndose arrezagado las mangas de sus camisas y sus faldas hasta por encima de las rodillas, dejaban ver las pantorrillas manchadas de estiércol, y se mantenían en pie, con la horca en la mano, sobre lo que quedaba del montón de fiemo, (estiércol)—. Todos los meses tengo que comprar seis libras de harina; ¿y dónde tomarlas? — ¿Es que no tienes harina suficiente? — ¿De la mía? —exclamó el viejo sonriendo con desdén—. Tengo tierra para tres almas. En Navidad, toda la provisión está ya consumida. —Pero entonces, ¿qué hacéis? —Uno se las arregla: no queda más remedio. Tengo un hijo en el servicio. Además, tomamos anticipos en casa de vuestra señoría, pero ya hemos cogido todo antes de la Cuaresma. Y los impuestos todavía no están pagados. — ¿Cuánto son los impuestos? —Diecisiete rublos cada plazo, nada más que por la casa. ¡Ah, Dios mío, una vida que ni siquiera sabe uno cómo valerse! — ¿No podría entrar en vuestra isba? —preguntó Nejludov. Al mismo tiempo avanzaba por el patio y pisaba la capa de estiércol de azafranado color amarillo y de violento olor que la horca no había removido aún. —Está bien, entre —respondió el viejo. Luego, con un movimiento rápido de sus pies descalzos entre cuyos dedos corría un líquido amarillento, se adelantó a Nejludov y le abrió la puerta de la isba. Sin dejar de ajustarse sus pañolones y bajarse las faldas, las mujeres miraban con temerosa curiosidad a aquel elegante barin, tan limpio, con sus gemelos de oro, que entraba en sus casas. Dos niñas salieron corriendo de la isba; Nejludov se agachó, se quitó el sombrero y penetró en el zaguán y luego en la habitación, estrecha y sucia, impregnada de un agrio tufillo a cocina. Cerca del fogón, una mujer anciana, arremangada, dejaba ver sus desnudos brazos, flacos y curtidos. —Es nuestro barin, que viene a visitarnos —le dijo el viejo. —Pues bien, dígnese entrar —dijo la vieja con afabilidad, echándose inmediatamente para abajo los puños de la camisa. —He querido ver un poco cómo viváis —dijo Nejludov. — ¡Ya puedes ver cómo vivimos! —respondió con atrevimiento la vieja, sacudiendo nerviosamente la cabeza—. La isba está a punto de desplomarse, y es seguro que matará a alguien. Pero el viejo opina que está bien. Y así vivimos y reventamos —dijo la vieja con amargura—. Mira, voy a reunir a la gente de la casa para la comida; tengo que dar de comer a los trabajadores. — ¿Y qué vais a tomar de comida? — ¿Que qué vamos a tomar? ¡OH, podemos darnos por satisfechos! Primer plato: pan y kvas, (Bebida fermentada hecha con harina de trigo y de centeno. —Nota del Traductor); segundo plato: kvass y pan. Ella se echó a reír, abriendo de par en par su boca desdentada. —No, sin bromas; enseñadme lo que vais a comer hoy. —Comer —dijo el viejo riendo—. Nuestra comida no tiene nada de complicada. Enséñasela, vieja. La mujer meneó de nuevo la cabeza. —Se te ha ocurrido la idea de venir a ver nuestra comida de mujiks. ¡Ah, eres un barin curioso, ya lo veo; quieres saberlo todo! Pues bien, ya te lo he dicho: vamos a comer pan y kvass y luego stchí, (Sopa de coles con carne, pero la gente humilde reemplaza la carne por el pescado. Nota del Traductor), porque nuestras mujeres han traído unos pescaditos; y después de eso, patatas. — ¿Y eso es todo? — ¿Qué más quieres?. Le daremos color al stchí con un poco de leche —respondió la vieja sonriendo con aire astuto, dirigidos los ojos hacia la entrada. La puerta se había quedado abierta. El zaguán estaba lleno de gente: niños, jovencitas, mujeres con recién nacidos agarrados al seno; y toda aquella multitud amontonada miraba al extravagante barin que quería enterarse de lo que comían los mujiks. Y la

vieja sonreía, evidentemente con malicia, porque se sentía muy orgullosa de su manera de recibir a un barin. —Sí, puede decirse que es una pobre vida la nuestra —insistió el viejo—. ¡Bueno!, ¿qué queréis aquí?—gritó a los curiosos que se estacionaban a la puerta. — ¡Ahora, adiós! —dijo Nejludov, experimentando un poco de malestar y de vergüenza, sin saber definir el motivo. —Gracias humildemente por su visita —dijo el viejo. En el zaguán, la multitud se apartó para dejar pasar a Nejludov. Pero una vez en la calle y resuelto a continuar su paseo, se fijó en dos chiquillos, descalzos, que lo seguían. El mayor llevaba una camisa sucia, blanca en otros tiempos; el otro, flacucho, tenía una camisa rosa descolorida. Nejludov se volvió hacia ellos. — ¿Y adónde vas ahora? —le preguntó el chiquillo de la camisa blanca. —A casa de Matrena Jarina —respondió Nejludov—. ¿La conocéis? El más pequeño, el de la camisa rosa, se echó a reír. El otro respondió con gran seriedad: — ¿Qué Matrena? ¿Es vieja? —Sí, es vieja. — ¡Ah! Entonces debe de ser Semenija, que vive al extremo del pueblo. Nosotros lo guiaremos. ¡Vamos, Fedia, guíemlo! — ¿Y los caballos, entonces? — ¡Bah, eso no importa! Habiendo accedido Fedia, los tres empezaron a subir por la larga calle del pueblo. V Nejludov se sentía más a sus anchas con aquellos dos chiquillos que con las personas mayores, y charlaba con ellos mientras seguía caminando. El más pequeño, el de la camisa rosa, no reía ya y hablaba con tanta inteligencia y discernimiento como el mayor. —Bueno, ¿quién es el más pobre del pueblo? —preguntó Nejludov. — ¿El más pobre? Mijail es pobre, y luego Semion Makarov; está también Marfa, que es muy pobre. —Y Anissia lo es más todavía. Anissia ni siquiera tiene vaca. Pide limosna —recalcó el pequeño Fedia. —Es verdad que no tiene vaca —replicó el de más edad—, pero en casa de ella no son más que tres, mientras que en casa de Marfa son cinco. —Sí, pero Anissia es viuda —insistió el pequeño. —Dices que Anissia es viuda; pero Marfa es como si lo fuera también. Tampoco ella tiene a su marido. — ¿Y dónde está su marido? —preguntó Nejludov. —Alimenta sus piojos en la cárcel —respondió el mayor, empleando la expresión acostumbrada. —El verano pasado cortó dos chopos en el bosque del señor; entonces lo metieron en la cárcel —se apresuró a decir Fedia—. Hace ya seis meses que está allí, y su mujer pide limosna. Tiene tres hijos, y además su madre, que es muy vieja —añadió con aire de persona mayor. — ¿Y dónde vive? —Ésa es su casa —dijo el niño, señalando al borde del sendero que seguían una isba ante la cual se balanceaba con esfuerzo sobre sus arqueadas piernecitas un niño muy pequeño de rubia cabeza. —Vasska, bribonzuelo, ¿quieres entrar de una vez? —gritó desde la casa una mujer joven aún, vestida con una camisa y una falda tan sucias, que parecían cubiertas de cenizas. Con aire espantado a la vista de Nejludov, se lanzó a la calle, cogió a su hijo y se lo llevó a la isba. Se habría dicho que temía para él algo por parte del barin. Era la mujer cuyo marido estaba en la cárcel desde hacía seis meses por haber cortado dos chopos en los bosques de Nejludov. —Bueno, ¿y Matrena, también ella es pobre? —preguntó a medida que se acercaban a su isba. — ¿Cómo va a ser pobre? ¡Vende bebidas! —replicó con tono resuelto el chiquillo de la camisa rosa. Ante la isba de Matrena, Nejludov se despidió de sus dos guías, entró en el vestíbulo y pasó a la habitación contigua, que no tenía más de dos metros de anchura, por lo que un hombre demasiado alto no habría podido tenderse en el lecho que se encontraba detrás de la estufa. «En esta misma cama —pensaba—, Katucha ha dado a luz y ha estado mucho tiempo enferma.» Casi toda la habitación donde había entrado, tropezando con la cabeza en la baja puerta, estaba ocupada por un bastidor de tejer que la vieja acababa de poner en orden con ayuda de la mayor de sus nietas. Otras dos nietecillas suyas corrieron a la isba en seguimiento del barin y se detuvieron a la puerta, apoyándose en las jambas con las manos. — ¿Qué quiere usted? —preguntó con malhumor la vieja, irritada porque el negocio no marchaba bien, y siempre dispuesta, en su calidad de tabernera, a desconfiar de los desconocidos. —Soy el propietario. Querría hablar contigo. La vieja miró primero en silencio, examinándolo con atención. Y de pronto su rostro se iluminó. — ¡Ah, eres tú, pichoncito mío! Y yo, vieja bestia, que no te reconocía. Y me decía: seguramente es un forastero cualquiera. ¡Y resulta que eres tú, mi halcón radiante! —exclamó ella esforzándose en que la voz le saliera amable. —Quisiera hablarte a solas —dijo Nejludov, señalando en dirección a la puerta, que se había quedado abierta, y donde estaban los niños y una mujer joven y flaca que llevaba un pequeño ser vestido de andrajos remendados, de rostro azulenco, sobre el cual el sufrimiento imprimía una especie de sonrisa. — ¿Qué tenéis que ver aquí? ¡Esperad a que coja la muleta! —gritó Matrena volviéndose hacia ellos—. ¡Cerrad la puerta, vamos! Los niños se eclipsaron, y la mujer se alejó con el suyo, tirando de la puerta tras ella. — ¡Y yo que me preguntaba que quién sería! ¡Y era mi guapo barin en persona, mi joya de oro que una querría estar viendo siempre! ¡Y he aquí dónde ha entrado! ¡No lo ha tenido a menos! ¡Ah, mi diamante! Siéntate por aquí, excelentísimo, allí, en el banco —prosiguió ella después de haber limpiado cuidadosamente, con su delantal, el banco que se encontraba en el sitio de honor, bajo los iconos—. Y yo que pensaba: ¿Quién diablos está ahí? ¡Y he aquí que es él, su excelencia en persona, mi barin, mi bienhechor, nuestro padre nutricio! ¡Perdóname! ¡Vieja tonta, me he quedado ciega! Nejludov se sentó. Delante de él, la vieja permanecía en pie, la mano derecha bajo la barbilla y el puntiagudo codo del brazo derecho sostenido por la mano izquierda. Y prosiguió con voz cantarina: — ¡Ay, qué viejo te has vuelto, excelencia! ¡Tú eras

antes tan guapo, y ahora hay que ver cómo estás! Por lo que veo, son también tus preocupaciones. —Por mi parte, he venido a preguntarte si te acuerdas de Katucha Maslova. —¿Catalina? ¿Cómo no acordarme de ella? Es mi sobrina. ¿Cómo no acordarme? ¡Cuántas lágrimas me ha hecho derramar! Y es que yo sé todo lo que pasó. Bueno, padrecito, ¿quién no ha pecado contra Dios y quién no está en falta con el zar? Es también la juventud; y el té, y el café que se ha bebido. Y entonces, el Impuro viene y lo estropea todo. Y es que es muy fuerte. Luego, ¿qué hacer? Porque si tú la hubieses abandonado, pero, ¿cómo la recompensaste! ¡Le regalaste un billete de cien rublos! ¿Y qué hizo ella? Imposible hacerla atenerse a razones. Tan dichosa como sería si me hubiese escuchado. Por más que sea mi sobrina, te lo diré francamente: ¡es una muchacha sin principios! Podía haber estado muy bien en el puesto que le busqué. Pero no, no quiso someterse; insultó a su amo. ¿Es que nosotras tenemos derecho a insultar a nuestros amos? Entonces la despidieron. Y tampoco quiso continuar en un puesto muy bueno que le salió en casa del guarda forestal. —Quería preguntarte a propósito del niño. Ella dio a luz aquí, desde luego. ¿Dónde está el niño? —¿El niño, padrecito? Ya me encargué yo bien de arreglar las cosas. Ella estaba muy enferma; no creían que pudiese escapar con vida. Entonces hice bautizar convenientemente a la criatura y lo envié luego a un hospicio. ¿Para qué dejar que se consumiese aquel angelito, puesto que la madre se moría? Otras se comportan de una manera distinta: retienen al niño, no pueden alimentarlo y el pobrecito se muere. Pero yo me dije: tengo que hacer un esfuerzo; voy a enviarlo al hospicio. Como tenía dinero, pude mandarlo allí. —¿Tenía un número? —Claro que lo tenía. Pero murió inmediatamente. Ella me dijo que, apenas llegado al hospicio, murió. —¿Quién es ella? —Aquella mujer que vivía en Skorodnoie. Era su profesión. Se llamaba Melania; pero ahora ha muerto. Una mujer muy inteligente. Fíjate lo que hacía: cuando le llevaban un niño, en lugar de conducirlo inmediatamente al hospicio, lo retenía en su casa y luego lo alimentaba. Cuando le traían otro, lo retenía también. Así esperaba hasta tener tres o cuatro para llevarlos todos juntos al hospicio. En su casa todo estaba organizado con mucho talento: ella tenía una gran cuna, como una cama de matrimonio, donde podía acostarse uno de largo y de costado. Pues bien, ella los acostaba a los cuatro, las cabezas bien separadas, para que no se diesen golpes, y las piernas recogidas en pañales. Y de ese modo los llevaba a todos a la vez. Les ponía biberones en sus boquitas y los pobrecillos no protestaban. —¿Y qué pasó? —Retuvo así también al hijo de Catalina. Pero a éste no lo conservó más de quince días en su casa y allí le cogió la enfermedad. —¿Era un niño hermoso? —¡OH, un niño tal que no podía haberlo mejor! ¡Tu vivo retrato! —añadió la vieja guiñando sus arrugados ojos. —¿Y por qué enfermó? ¿Le dieron mal de comer? —Nada de eso. No fue más que la extrañeza. Se comprende, no era hijo suyo. ¡Con tal de poderlo llevar con vida hasta el hospicio! Me dijo que apenas llegado a Moscú, murió. Ella trajo un certificado: todo estaba en regla. Era una mujer que tenía muy buena cabeza. Y Nejludov no pudo enterarse de más detalles respecto a su hijo. VI Después de haber tropezado de nuevo dos veces con la cabeza en las puertas de la isba, Nejludov salió a la calle, donde lo aguardaban los dos chiquillos. Otros niños se habían unido a ellos, y también mujeres; entre ellas estaba la desgraciada que llevaba un niño macilento cubierto de harapos remendados. Éste continuaba sonriendo, con una sonrisa de toda su carita de viejecillo, y no cesaba de mover sus grandes dedos engarfiados. Nejludov comprendía que era la sonrisa del sufrimiento, y preguntó quién era aquella mujer. —Es Anissia, de la que te he hablado —dijo el mayor de los chiquillos. Nejludov se volvió hacia ella. —¿Cómo vives? ¿De qué te alimentas? —le preguntó. —¿Que cómo vivo? De lo que me dan —respondió Anissia. Y se echó a llorar. El rostro del niño envejecido se había dilatado en una sonrisa, y sus delgadas piernas se retorcían como gusanos. Nejludov sacó su cartera y dio diez rublos a la mujer. No había andado dos pasos cuando lo abordó otra mujer con un niño, y luego otra mujer. Todas proclamaban su miseria y solicitaban un socorro. Nejludov distribuyó entre ellas sesenta rublos en billetes pequeños que llevaba consigo; y, con un profundo sentimiento de tristeza, regresó a la casa, o, más bien, al ala habitada por el administrador. Éste salió a su encuentro con su inalterable sonrisa y le anunció que los campesinos se reunirían por la tarde. Nejludov le dio las gracias y, sin penetrar en el interior, fue a pasearse por el jardín, por los viejos senderos invadidos por la hierba y alfombrados con blancas flores de los manzanos, meditando en lo que había visto. Todo estaba tranquilo; pero, poco después, oyó en el alojamiento del administrador dos voces de mujeres irritadas que querían hablar a la vez, y de cuando en cuando se mezclaba la voz tranquila del administrador. Nejludov aguzó el oído. —¡Esto es superior a mis fuerzas! ¿Es que quieres arrancarme entonces hasta la cruz que llevo al cuello? —decía una voz indignada de mujer. —¡Pero ella no entró en el campo más que un momento! —decía otra voz—. ¡Devuélvemela, lo digo! ¿Por qué haces sufrir al animal y a los niños que están sin leche? —Paga, con dinero o con trabajo —respondió la voz plácida del administrador. Nejludov abandonó el jardín y se acercó a la escalinata, cerca de la cual había dos mujeres desgreñadas, una de ellas a punto de ser madre. En los escalones, las manos en los bolsillos de su abrigo de tela gruesa, estaba en pie el administrador. Al distinguir al barin, las mujeres se callaron y se arreglaron el pañolón sobre las cabezas mientras el administrador sacaba las manos de los bolsillos y se ponía a sonreír. Según la explicación de este último, los mujiks

soltaban expresamente a sus terneros, incluso a sus vacas, en el prado señorial. Por el momento se trataba de las vacas de estas dos mujeres, vacas que habían sido cogidas en los prados y confiscadas. El administrador exigía el pago de treinta copeques por vaca o, en su lugar, dos jornadas de trabajo. Las mujeres afirmaban, primeramente, que sus vacas no habían hecho más que entrar; luego, que no tenían dinero, y, por último, aunque prometiesen pagar con su trabajo, pedían que les devolviesen inmediatamente los animales, puesto que desde por la mañana estaban sin forraje y mugían quejumbrosamente. —No sé la de veces —dijo el administrador, volviéndose hacia Nejludov como para tomarlo por testigo —que les he dicho con toda seriedad: «Cuando recojáis vuestro ganado, no dejéis de vigilarlo.» —Pero si yo no entré en casa más que un momento para ver a mi niño, y ya se habían escapado. —Pues bien, no hace falta que te vayas cuando es el momento de vigilar. — ¿Y quién va a dar de comer al pequeño? ¿No vas a ser tú quien le dé la teta! —Todavía, si mi vaca hubiese pastado realmente en la pradera, bien está, pero acababa de entrar —decía la otra. —Han acabado con todos los pastos —dijo el administrador a Nejludov—. Si no se les hiciese escarmentar, no habría ni un puñado de heno. — ¡Ay, no digas pecado! —gritó la mujer encinta—. ¡Nunca han cogido a mis animales! —Pues bien, hoy han cogido a uno. Así, pues, paga o trabaja. —Bueno, trabajaré. Pero primero devuélveme la vaca, ¡no dejes que se muera de hambre! —gritó con cólera—. Aparte de eso, no tengo ya ni un solo instante de descanso, ni de día ni de noche. Mi suegra está enferma, mi marido está siempre borracho perdido; sólo estoy yo para hacerlo todo y ya no tengo fuerzas. ¡Ojalá se te atravesase en la garganta mi trabajo! Nejludov rogó al administrador que ordenase que soltaran las vacas y regresó al jardín para continuar allí sus reflexiones, pero ya no tenía tema sobre el cual reflexionar. Ahora todo se le presentaba tan claro, que no se cansaba de asombrarse de que los demás y él mismo no hubiesen visto, no hubiesen comprendido desde hacía mucho tiempo lo que era tan evidente. El pueblo muere, pero está acostumbrado a su lenta agonía; y este estado precario extrae de sí mismo los elementos particulares que lo sostienen: la mortalidad infantil, el trabajo exagerado impuesto a las mujeres, la falta de alimentos para todos, en especial para los viejos. Y, al llegar gradualmente a esta situación, el pueblo acaba por no ver ya el horror de la misma y por no quejarse de ella. Y nosotros, a nuestra vez, juzgamos esta situación natural y fatal. Ahora, Nejludov veía claro como el día que la causa principal de la miseria de la que el pueblo tiene conciencia y que pone siempre en primer lugar, reside sobre todo en el hecho de que ha sido desposeído de la tierra, única capaz de alimentarlo. Es evidente, por otra parte, que los niños y los viejos mueren porque no tienen leche, y que no tienen leche porque no tienen tierras donde hacer pastar al ganado, recoger trigo y heno; en una palabra, que la causa principal, o por lo menos inmediata, de la miseria de los campesinos es que la tierra, su única nutridora, no les pertenece a ellos, sino a los que se aprovechan de sus propiedades rústicas para vivir del trabajo del prójimo. Ahora bien, la tierra es hasta tal punto indispensable para los hombres, que mueren por no tenerla. Y estos mismos hombres, reducidos a la necesidad más extrema, la cultivan a fin de que el grano que ella produce se venda al extranjero y que el terrateniente pueda comprarse sombreros, bastones, bronce, calesas, etcétera. Y todo aquello, para Nejludov, era también tan evidente ahora como es evidente que los caballos encerrados en un prado del que se han comido toda la hierba, adelgazan y revientan de hambre si no se les deja la posibilidad de pastar la hierba del prado vecino. Y eso es terrible, ¡eso no puede y no debe ser! Hace falta, pues, encontrar el medio de destruir este estado de cosas o al menos no cooperar a él uno mismo. «¡Y ese medio lo encontraré! —pensaba, yendo y viniendo por la alameda de los chopos—. En las sociedades sabias, en las administraciones, en los periódicos, especulamos sobre las causas de la miseria del pueblo y sobre los medios de hacerla cesar, pero dejamos de lado el único medio que permitiría mejorar la suerte de los campesinos, y que consiste en devolverles la tierra que se les ha arrebatado.» Y se acordó claramente de las teorías de Henry George y del entusiasmo que en otros tiempos había sentido por ellas; al mismo tiempo se asombró de haber podido olvidarlas. «La tierra no debería ser un objeto de propiedad particular, ni un objeto de compraventa, como no lo son el agua, el aire y los rayos del sol. Todos los humanos tienen, respecto a la tierra y a lo que ella produce, un derecho igual.» Comprendió entonces las causas secretas de su vergüenza en cuanto a los convenios concertados en Kuzminskoie. Es que, a sabiendas, él mismo se había dejado inducir al error. Al mismo tiempo que negaba al hombre el derecho de poseer la tierra, se había reconocido para sí ese derecho y no había hecho entrega a los mujiks más que de una parte de un bien que en el fondo de su alma sabía que no debía pertenecerle. Hoy, por lo menos, obraría de otra manera y desharía en seguida lo que había hecho en Kuzminskoie. Y mentalmente elaboró un proyecto nuevo: el de alquilar sus tierras a los campesinos cediéndoles incluso el precio que pagarían por el arrendamiento y que serviría para pagar sus impuestos y cubrir los gastos de la comunidad. No era todavía el single-tax soñado, pero era el medio que más se le acercaba y el más realizable en la actualidad. Lo principal era que él renunciase por su parte a su derecho de posesión rústica. Cuando regresó al alojamiento del administrador, éste le anunció, con una sonrisa más claramente halagadora, que la comida estaba lista; temía sin embargo que se hubiera

quemado un poco, a pesar de los cuidados puestos por su mujer y por la muchacha encargada de las faenas de la casa. La mesa estaba cubierta por un mantel de tela cruda, y una toalla bordada hacía las veces de servilleta; sobre la mesa, en una sopera de vieja porcelana de Sajonia, de asas rotas, humeaba una sopa de patatas hecha con la carne de aquel mismo gallo que Nejludov había visto alargar alternativamente sus negras patas. Ahora, el gallo estaba descuartizado, y algunos trozos conservaban aún las plumas. A la sopa sucedió el gallo con su plumilla tostada y luego pastelillos de queso blanco con abundancia de mantequilla y azúcar. Por poco atractivo que fuese todo aquello, Nejludov comía sin darse cuenta, absorto en el pensamiento del nuevo proyecto que, hacía poco, había disipado el malestar con el que volvió de su paseo por el pueblo. Por la puerta entreabierta, la mujer del administrador vigilaba la manera de servir de la joven criada. Y el marido, todo orgulloso de los talentos culinarios de su mujer, se esponjaba cada vez más en su plácida sonrisa. Después de comer, Nejludov obligó al administrador a que se sentara a la mesa. Experimentaba la necesidad de hablar, a fin de controlarse a sí mismo y, a la par, comunicar a alguien lo que tan preocupado lo tenía. Participó al administrador su proyecto de ceder las tierras a los mujiks y le pidió su opinión. La sonrisa del administrador tuvo la pretensión de expresar que pensaba todo eso desde hacía ya mucho tiempo y que estaba encantado de oírlo decir. En realidad, no había comprendido ni una sola palabra, no porque Nejludov se hubiese expresado mal, sino porque lo veía renunciar a su interés personal en pro del interés de los demás; y por su parte, el administrador juzgaba que ningún hombre era capaz de preocuparse de otra cosa que de su interés propio sin importarle quién saliese perjudicado. Tanto, que creyó haber comprendido mal la propuesta de Nejludov consistente en dedicar todo el ingreso de sus tierras a constituir para los campesinos un capital que bastase para las necesidades de la comunidad. —Ya comprendo. Así es que usted recibirá los intereses de ese capital, ¿no es así? —dijo, todo radiante. — ¡Nada de eso! Compréndame. Les cedo completamente mis tierras. —Y entonces, ¿no recibirá usted renta? —exclamó el administrador dejando de sonreír. —Pues bien, no. Renuncio a ellas. A un profundo suspiro del administrador sucedió rápidamente una nueva sonrisa. Ahora había comprendido, pero había comprendido que Nejludov no estaba en sus cabales, y su primera preocupación era la de pensar en aprovecharse de aquello. Se esforzaba en enfocar la cuestión desde un ángulo que le permitiese sacar un beneficio de aquel proyecto de abandono de la tierra. Pero cuando descubrió que esto era imposible, se entristeció y dejó de interesarse por el plan. Sin embargo, para ser agradable al dueño, siguió sonriendo. Al ver que el administrador no lo comprendía, Nejludov dejó que se marchase y se sentó a la mesa toda manchada de tinta y llena de muescas, donde empezó a redactar su proyecto. El sol acababa de ponerse tras las hojas nuevas de los tilos. Bandadas de mosquitos habían invadido la habitación y le picaban a Nejludov. Y, cuando hubo acabado de escribir, oyó por la ventana el ruido de los rebaños que regresaban, el rechinar de las puertas que se abrían a los patios, las voces de los mujiks que se dirigían a la reunión. Declaró entonces al administrador que no quería recibir a los campesinos en la oficina, sino que iría a hablarles al pueblo, donde debían reunirse. Luego bebió rápidamente una taza de té servida por el administrador y se encaminó de nuevo hacia el pueblo. VII Los campesinos se habían reunido en el patio del staroste y charlaban ruidosamente; pero, al acercarse Nejludov, guardaron silencio y, como los de Kuzminskoie, se quitaron sucesivamente su gorro o su gorra. Aquellos mujiks eran mucho más primitivos que los de Kuzminskoie; y, lo mismo que las muchachas y las mujeres llevaban zarcillos de piel en las orejas, casi todos los hombres iban calzados con botas de fieltro y vestidos con caffanes. Algunos incluso estaban descalzos y otros en mangas de camisa, tal como volvían de los campos. Nejludov, dominando su emoción, les comunicó desde el principio que estaba resuelto a cederles sus tierras. Ellos lo escuchaban sin decir palabra y con rostro impasible. —La verdad es que creo —continuó Nejludov, ruborizándose— que todos los hombres tienen derecho a disfrutar de la tierra. ¡Desde luego, es verdad! —exclamaron algunas voces de mujiks. Prosiguiendo su exposición, Nejludov dijo que la renta de la tierra debía repartirse entre todos y que, por consiguiente, estaba dispuesto a cederles sus tierras a cambio de una renta que fijarían ellos mismos y que estaría destinada a constituir un capital social reservado para el propio uso de ellos. Continuaron dejándose oír palabras de aprobación; pero los rostros de los campesinos se iban poniendo cada vez más serios, y sus miradas, clavadas al principio en el barin, se bajaban hacia el suelo; parecían querer evitar alguna vergüenza a Nejludov al mostrarle que habían adivinado su astucia, por la que ninguno se dejaría engañar. Él hablaba sin embargo lo más claramente que le era posible y a hombres que no eran unos zoquetes; pero no lo comprendían y no podían comprenderlo, por la misma razón por la que también el administrador había tardado mucho tiempo en comprenderlo. Estaban convencidos de que la única preocupación de cualquier hombre es la de buscar su propio interés. Y en cuanto a los terratenientes en particular, desde hacía varias generaciones, sabían por experiencia que estos propietarios buscaban siempre beneficiarse a costa de ellos; por tanto, si el amo los reunía para presentarles alguna propuesta nueva, estaban convencidos de antemano de que era para explotarlos aún más. —Bueno, ¿qué precio le ponen ustedes a la tierra? —preguntó Nejludov. — ¿Cómo poner precio? Eso nos es imposible. La tierra

es de usted, usted es el que manda —respondieron varias voces entre la multitud. —Pero es que os estoy diciendo que solamente vosotros os beneficiaréis de ese dinero para las necesidades de la comunidad. —Eso no puede ser. La comunidad es una cosa, y nosotros somos otra. — ¡Tratad de comprender! —dijo el administrador, quien se había acercado a Nejludov con el deseo de explicar el asunto—. No os dais cuenta de que el príncipe os propone el arrendamiento de la tierra a cambio de dinero, pero ese dinero volverá a vuestro capital para vuestra comunidad. — Comprendemos muy bien —dijo sin levantar los ojos un viejecillo desdentado de aire ceñudo—. Es como si se dijera dinero colocado en un banco. Pero de cualquier forma habrá que pagar al vencimiento, y es lo que no queremos hacer. Bastante trabajo nos cuesta ya ir tirando. Para nosotros sería la ruina completa. —Eso no nos conviene en absoluto. Preferimos seguir como antes —gruñeron voces descontentas, incluso groseras. Pero la resistencia se acentuó mucho más cuando Nejludov anunció que dejaría en la oficina del administrador un contrato firmado por él y que ellos tendrían que firmar a su vez. — ¿Firmar? ¿Por qué tendríamos que firmar? Lo mismo que trabajamos ahora, continuaremos. ¿Para qué sirve todo eso? Somos unos ignorantes y no entendemos ni jota. —No podemos aceptar eso, porque no entra en nuestras costumbres. Que las cosas se dejen como están. Solo que no nos pidan ya más las simientes, con eso bastará —gritaron algunas voces. Eso significaba que los campesinos estaban obligados a suministrar los granos para los campos que trabajaban, y pedían ahora que los granos fuesen proporcionados por el propietario. —Entonces, ¿os negáis? ¿No queréis haceros cargo de la tierra? —preguntó Nejludov a un joven campesino de rostro reluciente, vestido con un caftán remendado, descalzo, que llevaba en la mano izquierda su desgarrada gorra, a la manera de los soldados que han recibido la orden de descubrirse. — ¡Perfectamente! — respondió el mujik, que todavía no se había desprendido de la hipnosis de la disciplina militar. —Entonces, ¿es que tenéis bastante tierra? —insistió Nejludov. — ¡Absolutamente no! —replicó el ex soldado, manteniendo delante de él su desgarrada gorra, como si se la estuviera ofreciendo a alguien que quisiera aprovecharse de ella. —No importa. Reflexionad sobre lo que os he dicho —dijo Nejludov, estupefacto. Y les repitió su propuesta. —Está todo reflexionado. Será como hemos dicho nosotros —declaró con tono desdeñoso y rostro ceñudo el viejo desdentado. —Permaneceré aquí aún un día. Si cambiáis de opinión, vendréis a decírmelo. Los mujiks no respondieron. Así, sin haber podido sacar nada de ellos, Nejludov regresó tristemente a la oficina. —Ya ve usted, príncipe —le dijo el administrador con su sonrisa untuosa—; no llegará usted nunca a entenderse con ellos: el mujik es tozudo. Cuando está en asamblea, se cierra a la banda y ni el mismo diablo podría convencerlo. Porque tiene miedo de todo. Y sin embargo, entre estos mismos mujiks los hay inteligentes, como por ejemplo el moreno y el viejo gruñón que rehusaban las ofertas que usted les hacía. Cuando éste viene a la oficina y lo invitó a té y lo hago hablar, muestra una inteligencia notable: ¡un verdadero ministro! Le presenta a uno juicios de una sagacidad asombrosa. Pero en asamblea, ya usted lo ha visto: es otro hombre, y no se aparta de su idea. —Entonces, ¿no se podría hacer que vinieran aquí algunos de los más inteligentes? —preguntó Nejludov—. Yo les explicaría el asunto con todos los pormenores. —Sí, es posible —respondió el administrador sin dejar de sonreír. —Pues bien, haga usted el favor de decirles que vengan mañana por la mañana. —Nada más fácil; mañana estarán aquí —respondió el administrador, más radiante aún. — ¡Hay que ver ese taimado! —decía el mujik moreno de barba enmarañada que no se peinaba nunca, balanceándose sobre su bien alimentado jumento. Hablaba a su compañero, viejo y delgado, de raído caftán, que cabalgaba al lado de él, acompañados por el tintineo de las maniotas de hierro del caballo. Los mujiks llevaban a pastar de noche sus caballos a lo largo de la carretera principal (es decir, en secreto, a los bosques del amo). —« ¡Os daré la tierra por nada, no tenéis más que firmar!», y ya con eso nos tienen cogidos otra vez. Es lo que ha ocurrido siempre. Pero hoy nosotros somos tan listos como ellos —añadió el mismo mujik. Y llamó al potrillo que se había quedado atrás, pero éste ya correteaba por la pradera. — ¡Fíjate como ese hijo de perra se acostumbra a entrar en los campos del barin! —continuó, al oír el relincho y el galope del potrillo en los perfumados prados cubiertos de rocío. Y, al oír bajo los cascos del animal los crujidos de las acederas silvestres, añadió—: Fíjate, la acedera invade los prados. —El domingo habría que mandar a las mujeres a arrancarla —dijo el mujik delgado—. De lo contrario, se echarían a perder las hoces. —« ¡Firma!», nos dice —continuó el otro mujik, volviendo a las palabras del barin—. Y si firmas, te come crudo. —Desde luego —respondió el viejo. Y guardaron silencio. No se oía más que el crujido de los cascos sobre la pedregosa carretera. VIII Al regresar, Nejludov encontró en el cuarto de la administración que le habían preparado para pernoctar, una cama muy alta, con colchones de pluma, dos almohadas y una hermosa colcha de seda roja labrada que evidentemente formaba parte de la dote de la mujer del administrador. Éste, al conducirlo a su habitación, le preguntó si no quería primeramente terminar el resto de la comida. Nejludov rehusó y le dio las gracias. El administrador lo dejó entonces solo después de haberse excusado por haberle hecho un recibimiento tan modesto. La negativa opuesta por los campesinos no turbaba por lo demás a Nejludov. Por el contrario, aunque los de Kuzminskoie le hubiesen dado las gracias al fin, en tanto que éstos se

habían mostrado descontentos y hostiles, se sentía tranquilo y dichoso. La habitación de la oficina era de una limpieza mediocre, y la atmósfera, demasiado pesada. Nejludov salió al patio con la intención de dirigirse al jardín; pero se acordó de la noche de otros tiempos, de la ventana de la cocina, de la escalinata trasera de la casa, y no se sintió con valor para volver a ver lugares manchados por el recuerdo de una mala acción. Se sentó en la escalinata delantera y, aspirando el violento perfume de los jóvenes brotes de los chopos, esparcido en el aire tibio de la noche, contempló durante largo tiempo los sombríos macizos del jardín, escuchó el tictac del molino y el canto de los ruiseñores y el de otro pájaro que silbaba monótonamente en un matorral próximo. La luz desapareció de la ventana de la habitación del administrador; la media luna, enmascarada por las nubes, reapareció hacia el Oeste, por detrás de las granjas; por instantes, relámpagos de calor iluminaron el jardín florido y la deteriorada casa. A lo lejos rugió la tormenta; poco a poco, una masa sombría invadió una tercera parte del cielo. Los ruiseñores y el pájaro que cantaba callaron. El estrépito del agua que hervía en la esclusa se acompañó con el graznido de los patos; luego, en el pueblo, en la parte baja, resonó el canto del gallo, ese canto que precede al alba en las noches de tormenta. Un proverbio asegura que, en las noches gozosas, los gallos cantan muy temprano. Y aquella noche era más que gozosa para Nejludov: estaba llena de felicidad y de encanto. En su imaginación renacían las impresiones de aquel bendito verano en que, joven inocente, había vivido aquí mismo; y se sentía igual al que era entonces; análogo al que había sido en aquella fase exquisita y soberbia de su vida, cuando tenía catorce años, cuando rogaba a Dios que le enseñase la verdad, cuando lloraba sobre las rodillas de su madre, jurándole que siempre sería bueno, que nunca le causaría penas; y análogo también al que había sido cuando su amigo Nicolenka Irteniev y él decidieron prestarse una ayuda mutua en la vía del bien y consagrar su vida entera a la felicidad de la humanidad. Se acordó entonces de la mala tentación que, en Kuzminskoie, lo había incitado a echar de menos su casa, sus bosques, sus granjas y sus tierras. Y se preguntó en aquel momento si las echaba de menos todavía. No solamente no era así, sino que le parecía extraño que eso hubiese podido ser alguna vez. Se acordó de todo lo que había visto a lo largo de la jornada: la joven madre cuyo marido estaba en la cárcel por haber cortado un árbol en el bosque de él, de Nejludov; y la espantosa Matrena, lo bastante audaz para decirle que las jóvenes de su clase deben satisfacer las pasiones de sus amos. Se acordó de las palabras de la vieja sobre la manera como se llevaba a los niños al hospicio; volvió a ver la desgarradora sonrisa del niño envejecido, agotado por la falta de alimento; se acordó de la débil mujer encinta a la que querían obligar a trabajar para él porque, extenuada de fatiga, no había podido vigilar a su vaca, que no tenía nada de comer. E inmediatamente después, su pensamiento lo llevó a la cárcel, a las cabezas rapadas, a la hediondez de las celdas, a las cadenas; y, frente a todas estas miserias, vio el lujo insensato de su propia vida, de toda la vida de las ciudades, de las capitales, de los dueños. Y todo se hacía para él evidente y cierto. La luna, despejada ya casi del todo, se había alzado sobre la arboleda; sombras negras se alargaban en el patio, y los tejados de hierro de la casa grande aparecían luminosos. Y como si se hubiera sentido en la obligación de saludar a esta luz, el pájaro que estaba en el matorral volvió a silbar y a chasquear con el pico. Nejludov se acordó de cómo en Kuzminskoie se había tomado la molestia de reflexionar sobre su existencia, de pensar en lo que haría, en lo que llegaría a ser. Se había planteado preguntas, pesando el pro y el contra, sin poder contestarlas, tan complicada y difícil le parecía la vida. Al plantearse aquí las mismas preguntas, se asombró de encontrarlas muy simples. Y eran simples porque él había dejado de pensar y de interesarse por lo que pasaría para pensar únicamente en lo que debía hacer. Ahora bien, cosa extraña, cuanto menos podía decidir lo que podía hacer para él mismo, tanto mejor sabía lo que debía hacer para los demás. Sabía ahora que le era preciso dar sus tierras a los campesinos porque estaba mal que él las retuviese. Sabía que no debía abandonar a Katucha, sino, por el contrario, acudir en socorro de ella y estar dispuesto a todo para redimir la falta que él había cometido. Sabía que era preciso estudiar, examinar todo aquello, ver claramente la obra, en la que él tomaba parte, de los tribunales que juzgan y castigan; sabía que veía lo que otros no ven. Ignoraba lo que debía salir de allí, pero estaba seguro de que su deber era obrar de aquella manera. Y esta firme seguridad le colmaba de alegría. La nube negra había invadido todo el cielo; a los relámpagos de calor habían sucedido verdaderos relámpagos que iluminaban el patio y la casa en ruinas; y un brusco trueno resonó por encima de su cabeza. Los pájaros se habían callado; por el contrario, las hojas de los árboles empezaron a susurrar, y, sobre la escalinata donde estaba sentado Nejludov, el viento vino a soplarle en los cabellos. Una gota, luego otra, se estrellaron sobre el tejado de hierro y sobre las hojas; el viento cesó bruscamente; un gran silencio lo sucedió, y Nejludov no había tenido tiempo de contar hasta tres cuando, por encima de su cabeza, estalló un trueno que rodó repercutiendo por la inmensidad del cielo. Volvió a entrar en la casa. «Sí, sí —pensaba—, la obra de nuestra vida, todo el sentido de esta obra, es cosa incomprensible para mí y que jamás podría comprender. ¿Para qué existieron mis tías? ¿Por qué Nicolenka Irteniev murió y yo continué vivo? ¿Por qué Katucha? ¿Por qué mi locura? ¿Por qué la guerra en la que tomé parte? ¿Y todo el desarreglo de mi vida ulterior? Comprender todo eso, comprender la obra del Dueño no entra en mis facultades.

Pero cumplir su voluntad, tal como está escrito en mi conciencia, eso sí depende de mí, y sé que debo hacerlo y que no me quedará tranquilo más que cuando lo haya hecho.» La lluvia caía a raudales, goteando de los tejados y, por las canales, precipitándose en los barriles. Cada vez más raros, los relámpagos iluminaban el patio y la casa. Nejludov regresó a su habitación, se desnudó y se acostó, bastante inquieto al sospechar, tras el papel sucio y desgarrado de las paredes, la presencia de chinches. «¡Sí, sentirme no dueño, sino servidor!», pensaba; y este pensamiento lo llenaba de alegría. Pero sus inquietudes estaban justificadas. Apenas había apagado la vela cuando los insectos empezaron a devorarlo. «¡Dar mis tierras, ir a Siberia; las pulgas, las chinches, la suciedad! Sea; puesto que es necesario, soportaré todo eso.» Pero a pesar de todo su deseo, no pudo soportarlo; fue a sentarse cerca de la ventana abierta y se absorbió durante largo tiempo en la contemplación de las nubes negras que se disipaban y de la luna que emergía de nuevo.

IX Como Nejludov no se había dormido hasta por la mañana, se despertó muy tarde. A mediodía, siete campesinos seleccionados, invitados por el administrador, llegaron al huerto, donde, bajo los manzanos, habían puesto una mesa y bancos hechos de tablones colocados sobre caballetes. Costó un trabajo enorme conseguir que los siete delegados se pusiesen sus gorros o gorras y se sentasen en los bancos. Sobre todo, el ex soldado se obstinaba en permanecer de pie y sujetaba delante de él su remendada gorra, del mismo modo que hacen los soldados en un entierro; estaba calzado aquel día con pedazos de tela limpia que le servían como calcetines, y con botas nuevas de fieltro. Pero cuando el decano, un viejo de ancho pecho, de aspecto venerable, con una gran barba blanca rizada como la del Moisés de Miguel Ángel, y de espesos cabellos blancos que coronaban una frente atezada por el sol, se hubo puesto su gran gorro, abotonado su caftán nuevo y se sentó en el banco, los demás siguieron su ejemplo. Una vez acomodados todos, Nejludov se sentó frente a ellos, en el otro banco, y, con su proyecto en la mano, empezó a leerlo y a explicarlo. Bien a causa del número restringido de los campesinos, bien porque la importancia de su empresa le impedía pensar en sí mismo, Nejludov no experimentaba ahora embarazo alguno. Involuntariamente se dirigía de modo del todo especial al viejo de la barba blanca rizada, del que parecía aguardar la aprobación o la crítica. Desgraciadamente, se hacía ilusiones al formarse de él una gran idea, porque el venerable anciano no aprobaba, con un gesto de su hermosa cabeza de patriarca, o no movía la cabeza en señal de desconfianza más que después de ver la actitud aprobadora o reprobadora de sus vecinos; personalmente, no comprendía casi nada de lo que decía Nejludov, y no cogía el sentido más que cuando sus compañeros repetían las mismas palabras en el idioma de ellos. Nejludov era mucho mejor comprendido por el vecino del anciano, un viejecillo sin barba y tuerto, vestido con una casaca remendada y calzado con viejas botas. Era fabricante de estufas, según informó a Nejludov en el curso de la charla. Aquel viejecillo acompañaba con un movimiento de cejas cada esfuerzo que hacía por comprender, y traducía poco a poco y a su manera lo que iba diciendo el barin. De inteligencia viva también, otro viejo corpulento, de barba blanca y ojos brillantes, no dejaba escapar ninguna ocasión de insertar comentarios irónicos o divertidos; por lo visto, era su manera de lucirse. El ex soldado habría debido comprender también, al parecer, de qué se trataba si no estuviese entontecido por el espíritu soldadesco y no se hubiese empeñado en seguir un lenguaje estúpido aprendido en el servicio. El más serio de los oyentes del grupo era sin duda alguna un alto mujik con voz de bajo profundo, de larga nariz y corta barbilla, vestido con un caftán limpio y calzado con botas nuevas de fieltro. Comprendía todo, y, cuando hablaba, lo hacía con conocimiento de causa. En cuanto a los otros dos ancianos, uno de ellos era aquel viejecillo desdentado que tanta oposición había mostrado contra Nejludov el día anterior; el otro era un hombre de gran estatura, muy blanco, de rostro bondadoso, con delgadas piernas rodeadas de tela blanca a guisa de calcetines y envueltas en polainas. Los dos guardaban silencio, escuchando sin embargo con gran atención. Nejludov comenzó por exponer sus ideas sobre la propiedad rústica. — A mi juicio —dijo—, no se tiene derecho ni a vender ni a comprar la tierra, porque los que tienen dinero comprarían de ella todo lo que quisieran, o, dicho de otro modo, extraerían todo el dinero que quisieran de quienes la cultivan. — Es verdad —dijo el hombre de larga nariz, con su profunda voz de bajo. — ¡Perfectamente bien! —opinó el ex soldado. —Una mujer coge un poco de hierba para las vacas; la detienen y, ¡venga!, a la cárcel— dijo el viejecito de aspecto modesto y bondadoso. —Nuestras tierras están a una distancia de cinco verstas; en cuanto a tomarlas en arriendo, no hay medio: piden precios que sería imposible pagar —añadió el viejo desdentado. —Nos exprimen retorciéndonos como al cáñamo. Es peor que en los trabajos forzados —recalcó el mujik de aire ceñudo. —Ésa es también mi opinión —dijo Nejludov—; y considero como un pecado poseer la tierra. Por eso he venido a dárosela. —Pues es una buena cosa —dijo el viejo de barba de Moisés, habiendo comprendido indudablemente que Nejludov quería alquilarles sus tierras. —He venido para eso. No quiero ya extraer provecho alguno de mis tierras, sino ponerme de acuerdo con vosotros sobre el modo como podríais beneficiaros de ellas. —No tienes más que dárselas a los mujiks, eso es todo —dijo el viejecillo desdentado. Esta respuesta produjo en Nejludov cierta turbación, porque notaba en ella que sospechaban de su lealtad. Pero se recobró en seguida y se aprovechó de aquel

comentario para decir todo lo que tenía que decir. —Me sentiría muy satisfecho con dáros las —continuó—, pero ¿a quién y cómo? ¿A qué mujiks? ¿Por qué más bien a vuestra comunidad que a la de Deminskoïe? —Era un pueblo vecino casi desprovisto de tierras. Nadie respondió. Únicamente el ex soldado dejó oír su: «Perfectamente bien.» —Pues bien —prosiguió Nejludov—, decidme: ¿qué haríais en mi lugar? —¿Que qué haríamos? Un reparto igual entre todos —dijo el fabricante de estufas con un rápido aleteo de los párpados. —Está claro. Repartiríamos todo entre los campesinos —apoyó el viejo bondadoso. Y todos, sucesivamente, fueron aprobando aquella respuesta que parecía satisfacerlos por entero. —Pero, ¿cómo entre todos? —preguntó Nejludov—. ¿Incluyendo también a los criados de la casa y de las fincas señoriales? —¡Absolutamente no! —declaró el ex soldado, esforzándose en poner el rostro risueño. Pero el campesino alto y reflexivo fue de opinión contraria: —Si se reparte, hay que hacerlo igualmente entre todos —declaró con su voz de bajo, después de un instante de reflexión. —Eso no es posible —replicó Nejludov, quien ya tenía preparada su objeción—. Si yo hiciese un reparto igual, todos los que no trabajan ni cultivan ellos mismos aceptarían su parte para revenderla a los ricos. Y de nuevo éstos acapararían la tierra. Y al multiplicarse la familia de los que cultivan, su tierra tendría que ser parcelada. Y los ricos volverían a hacerse poderosos, en detrimento de los que para vivir tienen necesidad de la tierra. ¡Perfectamente bien! se apresuró a confirmar el ex soldado. —Prohibir que nadie venda la tierra. Y que sea el poseedor de ella el que la trabaje —dijo el fabricante de estufas interrumpiendo con irritación al ex soldado. Pero Nejludov objetó que era imposible controlar si alguien cultivaba por su propia cuenta o por cuenta de otro. El mujik alto propuso organizar el cultivo sobre las bases de la asociación por gremios: —¡Que solamente tenga tierra quien la cultiva! ¡Nada para el que no lo haga así! —dijo con su enérgica voz de bajo. Para aquel proyecto comunista, Nejludov tenía igualmente dispuesta una objeción irrefutable. Respondió que todo el mundo debería tener entonces igual número de carretas y de caballos y realizar la misma cantidad de trabajo; o bien que caballos, carretas, trillos y todo lo que tenían fuesen puestos en común. Y, para eso, hacía falta que previamente se pusieran de acuerdo. —Entre nosotros nunca nos pondremos de acuerdo sobre eso —afirmó el viejecillo de aire desdeñoso. —Inmediatamente habría una batalla —declaró el viejo de barba blanca, con una risa en los ojos. —Y además, ¿cómo repartir la tierra según sus cualidades? —dijo Nejludov—. ¿Por qué unos tendrían tierra de regadío y otros tierra de secano o arenosa? —Pues se repartiría igualmente cada cualidad —replicó el fabricante de estufas. Nejludov respondió a eso que no se trataba solamente del reparto en una comunidad única, sino en general y por todas partes: ¿por qué unos habían de tener tierra buena y otros tierra mala? Todos querían tierra buena. —¡Perfectamente bien! —dijo el ex soldado. Los demás guardaban silencio. —Estáis viendo claramente que no es tan fácil como parece —dijo Nejludov—. Y, además de nosotros, hay otras personas que estudian estos problemas. Por ejemplo, un norteamericano llamado George. Pues bien, he aquí lo que él ha pensado, y yo soy de su opinión. —Tú eres el dueño, no tienes más que decir lo que piensas: todo depende de ti —interrumpió el viejecillo enfurruñado. Esta interrupción turbó a Nejludov. Pero tuvo la satisfacción de ver que no era él el único en considerarla inoportuna. —Espera, tío Semion, deja primero que se explique —dijo con su voz de bajo el sesudo mujik. Así animado, Nejludov empezó a explicarles la doctrina de Henry George sobre el impuesto único. —La tierra no es de nadie más que de Dios —dijo. —¡Muy bien dicho! ¡Perfecto! ¡Una gran verdad! —aprobaron varias voces. —La posesión de toda la tierra debe ser común, teniendo todos sobre ella un derecho igual. Pero hay tierra que es buena, y otra que no es tan buena. Y cada cual querría tierra de la buena. ¿Cómo igualar entonces las partes? Es preciso que el que explota una tierra buena pague, a quienes no disponen de eso, el valor de la suya. Y como es difícil determinar quiénes son los que deben pagar y a quiénes deben pagar; como, en la vida actual, el dinero es preciso para las necesidades de la comunidad, la solución más prudente es la de decidir que cualquiera que explote una tierra pague a la agrupación, para las necesidades comunes, una renta proporcionada al valor de su tierra. Así quedaría establecida la igualdad. Tú quieres poseer una tierra: paga, pues, más por la que es buena que por la que es mala. Y, si no quieres tener tierra, no tendrás nada que pagar. Solamente los que poseen tierra deberán pagar el impuesto para las necesidades sociales. —Es muy justo —dijo el fabricante de estufas arqueando las cejas—. Tu tierra es mejor, paga más caro. —¡Una cabeza bien sentada la de ese George! —exclamó el decorativo anciano con barba de Moisés. —Con tal sólo que el precio no sobrepase nuestros medios —dijo el mujik alto, comprendiendo adónde había que ir a parar. —El precio no debe calcularse ni muy alto ni muy bajo. Demasiado alto, no es posible pagarlo, y se producirían vacíos; demasiado bajo, todos estarían dispuestos a comprar tierras a los demás y comenzaría de nuevo la especulación de la tierra. —Todo eso es verdad y lo hemos comprendido muy bien. Eso nos conviene —respondieron los campesinos. —¡Vaya una cabeza! —repitió el viejo de barba de Moisés—. ¡George! ¡Y pensar que ha inventado todo eso! —¿Y si yo quisiera también adquirir tierras? —insinuó el administrador con una sonrisa. —La participación es libre: tómela y trabájela —replicó Nejludov. —¿Qué necesidad tienes tú de tener tierras? Bastante rico eres ya como estás —dijo el viejo de ojos risueños. Y con

aquello terminó la discusión. Una vez más Nejludov repitió la síntesis de su proyecto, pero sin pedir una respuesta inmediata; aconsejó, por el contrario, a los delegados que no se la hicieran conocer antes de que se hubieran puesto de acuerdo con todos los demás campesinos. Los mujiks le prometieron comunicarlo todo a la comunidad y decirle lo que se decidiera; luego se despidieron y se alejaron. Durante mucho tiempo se oyó en la carretera el estallido de sus voces animadas y sonoras, que, bien entrada la noche, repercutían aún por encima del río del pueblo. Al día siguiente no hubo trabajo, y los mujiks pasaron el tiempo discutiendo las ofertas del barin. Pero la comunidad estaba dividida en dos bandos: en uno se consideraban ventajosa y sin peligro las propuestas del barin, y los campesinos del otro bando se obstinaban en ver en aquello una astucia cuya intención se les escapaba, por lo que la temían más aún. Sólo al día siguiente pudieron ponerse de acuerdo para aceptar las propuestas de Nejludov, y volvieron para anunciárselo. Y este consentimiento era resultado de la opinión, expresada por una anciana y compartida igualmente por los viejos, de que el barin obraba así por la salvación de su alma. De este modo, todo peligro de astucia quedaba descartado. Esta explicación obtuvo crédito tanto más fácilmente cuanto que los mujiks veían a Nejludov, desde su llegada a Panovo, caritativo con todo el mundo y distribuyendo mucho dinero. Es que, por primera vez en su vida, veía de cerca las miserias de los campesinos y su existencia extremadamente precaria. Impresionado por esta pobreza y aun juzgando irrazonable desprenderse así de tanto dinero, no podía menos que darlo, tanto más cuanto que en Kuzminskoie había recibido una suma bastante grande por la venta de un bosque, y un anticipo sobre la del material. Al enterarse de que el barin daba dinero a quien se lo pedía, todos los necesitados de la comarca, principalmente las mujeres, habían acudido para solicitar de él un socorro. Eso lo ponía muy perplejo, porque no sabía qué hacer, ni cuánto ni a quién dar. Teniendo mucho dinero, no se sentía con fuerzas para negárselo a pobres diablos que se lo pedían, y, por otra parte, no era apenas razonable entregarlo al azar. El último día que permaneció en Panovo subió a la casa grande para proceder al examen de los objetos que quedaban allí. En el cajón inferior de una cómoda de caoba, ventruda, adornada con anillas de bronce introducidas en fauces de leones, la cual había pertenecido a una de sus tías, descubrió, entre un paquete de viejas cartas, una fotografía donde estaban reunidos Sofía Ivanovna, María Ivanovna, Nejludov en uniforme de estudiante, y Katucha, pura, fresca, desbordante de alegría de vivir. Renunciando a todos los demás objetos, Nejludov no recogió más que las cartas y la fotografía. En cuanto al resto: la casa, los muebles, lo cedió todo al molinero por la décima parte del precio, gracias a la intervención del administrador. Al recordar el pesar que había tenido en Kuzminskoie por renunciar a sus propiedades, se quedó estupefacto de haber experimentado semejante sentimiento. Ahora lo invadía una impresión deliciosa de liberación, mezclada al encanto de la novedad, tal como debe de sentirla el explorador que descubre una tierra nueva. X Al regreso de Nejludov a la ciudad produjo en él una impresión nueva y extraña. Llegó de noche, a la luz de las farolas, y se dirigió inmediatamente a su apartamento. Un violento olor a naftalina llenaba las habitaciones. Agrafena Petrovna y Kornei estaban, los dos, cansados y de malhumor; incluso se habían querellado respecto a la colocación de todos aquellos efectos que parecían no tener otro destino que ser extendidos, aireados y vueltos a colocar. El dormitorio de Nejludov no estaba todavía arreglado, y las maletas estorbaban el paso, de forma que la llegada de Nejludov dificultaba evidentemente todas aquellas faenas que, por una extraña rutina, ponían periódicamente patas arriba aquel apartamento. Y todo aquello, después de las miserias que había observado en casa de los campesinos, le pareció de una estupidez tal, de la que él en parte tenía la culpa, que decidió irse el mismo día siguiente a instalarse en el hotel; así Agrafena Petrovna podría dedicarse a aquellos arreglos como mejor le pareciera, hasta la llegada de la hermana de Nejludov, que adoptaría una resolución definitiva respecto a todo lo que se encontraba en la casa. Al día siguiente salió temprano y eligió dos habitaciones en un hotel modesto y de una limpieza relativa, en las proximidades de la cárcel, y, después de haber dado orden de transportar allí los efectos preparados por él la víspera, se dirigía a casa del abogado. Hacía frío: las tormentas y las lluvias habían cedido el puesto a las heladas ordinarias de principios de la primavera. Nejludov, vestido con un abrigo ligero, estaba transido por la frescura del tiempo y las mordeduras del viento, y apresuraba el paso para calentarse. Por su memoria desfilaba lo que había visto en el pueblo: mujeres, niños, ancianos, miseria y cansancio, que le parecía haber visto por primera vez; volvía a ver sobre todo al desgraciado niño envejecido, sonriendo y entrelazando sus piernecitas sin pantorrillas, e involuntariamente comparaba aquella existencia del pueblo con la de la ciudad. Al pasar ante las tiendas de los carniceros, de las pescaderías, de los sastres, se sentía impresionado, como si los hubiese visto por primera vez, de aquel gran número de comerciantes limpios, gordos, de cara hinchada, a los cuales no se podía comparar ningún hombre del campo. Y, con toda seguridad, aquellos hombres estaban convencidos de que sus esfuerzos por engañar a clientes poco expertos en juzgar la calidad de la mercancía era una ocupación muy útil. E igualmente orondos le parecían los cocheros de los vehículos particulares, con sus enormes posaderas y sus botones a la espalda; los porteros de gorra galoneada, las camareras de blancos delantales y rizados cabellos, y, sobre todo, los cocheros de

los vehículos de alquiler, afeitada la nuca, extendidos sobre los cojines de sus coches y mirando a los peatones con una mirada desdeñosa o cínica. Pero involuntariamente, Nejludov reconocía en ellos a todos aquellos mismos hombres de los pueblos, despojados de sus tierras y, por consecuencia, empujados hacia la ciudad. Entre ellos, algunos habían sabido adaptarse a las condiciones de la vida urbana y, convertidos en seres como sus amos, se enorgullecían de su éxito; otros, por el contrario, habían caído en una situación más miserable aún que la que tenían en el pueblo y hasta eran más dignos de compasión: así aquellos zapateros remendones que Nejludov veía trabajar ante las ventanas de un sótano; aquellas lavanderas delgadas, pálidas, desgredadas, planchando la ropa blanca con sus desnudos y violáceos brazos ante ventanas abiertas por donde se exhalaba el vapor del agua jabonosa; así también dos pintores de brocha gorda en edificios existentes en la calle por la que pasaba Nejludov, descalzos y embadurnados de pintura de arriba abajo. Con las mangas subidas hasta los codos sobre brazos delgaduchos y de señaladas venas, llevaban una enorme cuba llena de cal y se injuriaban; en el rostro de ambos, el cansancio se mezclaba al malhumor. La misma expresión marcaba la faz polvorienta y negra de los carreteros erguidos sobre sus vehículos, los rostros de los hombres, de las mujeres, de los niños envueltos en harapos, que mendigaban en las esquinas, y rostros semejantes aparecían en las ventanas de las tabernas ante las cuales pasaba Nejludov. Alrededor de las mesas sucias, llenas de botellas y de servicios para el té, entre las cuales circulaban camareros vestidos de blanco, había sentados en grupo hombres que gritaban y cantaban, el rostro inundado de sudor y arreboladas las mejillas. Ante una ventana, Nejludov distinguió a uno que con las cejas levantadas y el labio caído miraba fijo al frente como tratando de acordarse de algo. «Pero, ¿por qué han venido todos a amontonarse en la ciudad?», se preguntaba Nejludov al mismo tiempo que respiraba el polvo levantado por un viento fresco, lo que se mezclaba con el desagradable olor a aceite que se desprendía de una pintura reciente. En una calle se cruzó con unos carreteros que transportaban un cargamento de hierro, bajo el peso del cual el suelo temblaba con un ruido ensordecedor de metal que resonó dolorosamente en su cabeza. Apretaba el paso para adelantarse a los carros, cuando, mezclado al estrépito de la chatarra, oyó de pronto pronunciar su nombre. Se detuvo y divisó delante de él a un militar de cara reluciente, con puntiagudos bigotes, sentado en un coche de alquiler y haciéndole señas amistosas con la mano y sonriéndole, descubriendo unos dientes de extraordinaria blancura. — ¡Nejludov! ¿Eres tú? Éste experimentó una primera impresión de vivo placer. — ¡Vaya, Schoenbok! —exclamó con alegría. Pero, inmediatamente después, comprendió que no había motivo para alegrarse. Era aquel mismo Schoenbok que fue en otros tiempos a recogerlo a casa de sus tías. Hacía muchos años que Nejludov lo había perdido de vista; pero le habían dicho que Schoenbok había abandonado la Infantería por la Caballería y que, a despecho de sus deudas, y no se sabía cómo, continuaba viviendo al mismo tren que las gentes ricas. Su cara oronda y satisfecha confirmaba aquellos rumores. — ¡Qué suerte haberte encontrado! Porque no hay nadie en la ciudad. ¡Vaya, vaya, has envejecido, hermanito! —dijo, bajando del coche y distendiendo los hombros entumecidos—. Te he reconocido solamente por tu manera de andar. Bueno, comeremos juntos, ¿no es así? ¿Dónde se puede comer bien en vuestra ciudad? —Verdaderamente, no sé si tendré tiempo —respondió Nejludov, procurando poder despedirse de su camarada sin molestarlo—. ¿Y qué haces tú por aquí? —continuó. — ¡Muchísimas ocupaciones, amigo mío! El asunto de mi tutela. Porque has de saber que soy tutor. Administro los bienes de Samanov. ¿Conoces a ese ricacho? Es un infeliz. ¡Y cincuenta mil deciatinas de tierra! —añadió pavoneándose con orgullo como si hubiese sido él mismo quien hubiera adquirido todas aquellas deciatinas—. Todo estaba en un desorden espantoso. Los campesinos detentaban toda la tierra y no pagaban nada: había más de ochenta mil rublos de atrasos. Pues bien, en un año he cambiado todo eso y he aumentado el rendimiento en un setenta por ciento. ¿Qué te parece? —preguntó con orgullo. Nejludov se acordó, en efecto, de haber oído hablar que este mismo Schoenbok, precisamente, por haberse comido toda su fortuna y estar acribillado de deudas, como consecuencia de una protección muy especial, había sido elegido tutor para administrar la fortuna de un viejo ricacho que ya había dilapidado una parte. Y, evidentemente, era de aquella tutela de lo que vivía. «¿Cómo deshacerme de él sin ofenderlo?», pensaba Nejludov, mirando el rostro adiposo y abotargado, con soberbios bigotes relucientes de cosmético, de su camarada y escuchando su charla sobre los buenos restaurantes y su jactancia sobre la tutela. — Bueno, ¿dónde vamos a comer? —Es que no tengo ni un momento libre —dijo Nejludov mirando su reloj. — Entonces, he aquí lo que haremos: esta tarde hay carreras. Tú vendrás, ¿no? —No, no iré. — ¡Sí, hombre, ven! Ya no tengo caballos míos, pero están a mi disposición los de Grichin. ¿Te acuerdas de él? Tiene una cuadra soberbia. ¡Vamos, ven y cenaremos juntos! —Tampoco podré cenar —respondió Nejludov con una sonrisa. —Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Y adónde vas ahora? ¿Quieres que te lleve? —Voy a casa de un abogado que vive cerca de aquí. — ¡Ah, sí, ahora te preocupas por las cárceles! Te has convertido en el encargado de negocios de los presos. Me han hablado de eso los Kortchaguin —dijo Schoenbok riéndose—. Ellos ya se han marchado. Bueno, ¿qué pasa? Háblame de eso. —Sí, sí, es verdad —contestó Nejludov—. Pero no puedo contártelo en la calle. —Desde luego,

desde luego. Siempre has sido un original. Entonces, ¿vendrás a las carreras? — No; ni puedo, ni quiero. No me lo tomes a mal, te lo ruego. — ¡Qué idea! ¿Hasta dónde has llegado? — preguntó. Y de pronto el rostro se le puso serio, su mirada se quedó fija y se levantaron sus cejas. Parecía querer evocar un recuerdo, y Nejludov observó en su rostro la misma expresión beatífica que había notado, a través de la ventana de la taberna, en el hombre de cejas levantadas y labios colgantes. — ¡Qué frío!, ¿eh? — Sí, sí — asintió Nejludov. — ¿Llevas ya los paquetes? — preguntó Schoenbok al cochero—. Bueno, adiós. Me alegro mucho de haberte encontrado — añadió apretando fuertemente la mano de Nejludov. Luego saltó a su coche, agitó su ancha mano enguantada de blanco ante su reluciente rostro, y una sonrisa amistosa descubrió al mismo tiempo sus dientes, largos y demasiado blancos. « ¿Es que yo mismo he sido así? — se preguntó Nejludov mientras continuaba su camino hacia la casa del abogado—. Sí, aunque quizá no del todo. Pero, desde luego, así es como quería ser; y me había imaginado que mi vida entera transcurriría de esa forma.» XI Nejludov no tuvo que hacer antesala en casa del abogado, quien le habló primeramente del asunto de los Menchov. Después de haber examinado el sumario, quedó indignado por la iniquidad de la acusación. — Es una injusticia flagrante — declaró—. No existe duda alguna de que fue el propio tabernero quien prendió fuego a la granja con objeto de cobrar la prima del seguro. El hecho capital es que la culpabilidad de los Menchov no está probada en modo alguno. No existe ni una sola prueba contra ellos. La condena se deriva únicamente del exceso de celo del juez de instrucción y de la negligencia del fiscal interino. Pero, como el mal ya está hecho, será difícil conseguir algún cambio. De cualquier modo, si se consigue el que el asunto llegue, no ante la Audiencia Provincial, sino aquí, ante la Territorial, garantizo la absolución; y trabajaré sin honorarios. En cuanto al otro asunto, la petición de Fedosia Birokov al emperador, ya está redactada; y si va usted a Petersburgo, llévesela consigo y cuídese personalmente de recomendarla. De lo contrario, dirigirían aquí un mandamiento de encuesta de la que no saldría nada. Haga usted, pues, todo lo posible con personas influyentes en la comisión de indultos. Bueno, está ya todo, ¿no? — No. He aquí que me han vuelto a escribir... — Por lo que veo, se ha convertido usted en el torno por el que se deslizan todas las quejas de la cárcel — dijo el abogado con una risotada—. Pero hay demasiadas injusticias: nunca podría usted acabar con ellas. — Pero es que esto es verdaderamente monstruoso — respondió Nejludov; y le hizo un resumen del asunto. En un pueblo, un campesino se había puesto a leer el Evangelio y a comentárselo a sus amigos. Habiendo visto el clero en eso un delito, lo había denunciado: el juez de instrucción interrogó, el fiscal redactó un escrito de acusación y el tribunal dictó una sentencia, confirmada por la sala de apelación. — Y eso es lo que me parece espantoso, que sea posible una cosa así — insistió Nejludov. — ¿Y qué tiene eso de raro? — Pues todo. Comprendo el comportamiento del comisario rural, quien no hizo más que lo que le ordenaron. Pero el fiscal, que redactó la acusación, es sin embargo un hombre instruido... — Pues bien, ahí está el error. Uno se imagina gustosamente que el foro y la magistratura en general están compuestos por hombres nuevos y liberales. Sí, así era antiguamente; pero los tiempos han cambiado. Hoy día, quien dice magistrados, dice funcionarios preocupados únicamente del día veinte de cada mes, cuando reciben su sueldo, que ellos querrían ver aumentar sin cesar; a eso se limitan sus principios. Fuera de eso, acusarán, juzgarán y condenarán a quien usted quiera. — Pero, ¿es que existen leyes que dan derecho a deportar a un individuo porque haya leído el Evangelio a sus amigos? — No solamente a deportar, sino incluso a enviarlo a trabajos forzados si se demuestra que ha comentado el Evangelio en un sentido contrario a la regla y que por tanto contradice a la Iglesia. O lo que es lo mismo, ultraje público a la fe ortodoxa: destierro en virtud del artículo 196. — ¿Es posible? — Es como le digo. No ceso de repetir a los magistrados — continuó el abogado, — que no puedo verlos sin que mi corazón desborde de gratitud por el hecho de que si no estoy en la cárcel, ni usted, ni todo el mundo, no se lo debo más que a la bondad de ellos. Pues nada es más fácil que encontrar un artículo que permita deportarme a donde quieran. — Si todo depende del capricho de un fiscal o de otras personas, libres de seguir o no la ley, ¿para qué sirve la justicia? El abogado estalló en una risa alegre. — ¡Vaya unas preguntas que me hace usted! Eso, padrecito, es filosofía. Bien, si usted quiere, podremos también hablar de eso. Venga, pues, un sábado. Encontrará en nuestra casa hombres de letras, artistas. Podremos discutir a nuestras anchas sobre esas cuestiones generales — dijo el abogado recalcando con ironía las palabras «cuestiones generales»—. Usted conoce a mi mujer, ¿verdad? Venga, pues. — Sí, ya procuraré... — respondió Nejludov, consciente de que mentía y de que trataría por el contrario de no acceder a la invitación del abogado y de evitar aquel ambiente de sabios, de hombres de letras y de artistas. La risa con la que el abogado había respondido al comentario de Nejludov referente a la inutilidad del tribunal, puesto que los magistrados pueden a su capricho aplicar o no la ley, y el tono con que pronunció las palabras «filosofía» y «cuestiones generales» demostraban a Nejludov la divergencia de puntos de vista entre él y el abogado, como verosíblemente ocurriría también con los amigos del abogado. Se daba cuenta igualmente de que por grande que fuera la distancia existente entre él y sus antiguos amigos, como Schoenbok, se sentía más alejado aún del abogado y de las gentes de su mundo. XII Era tarde ya; la cárcel

estaba lejos y, para dirigirse allí, Nejludov hubo de tomar un coche de punto. Al pasar por una calle, el cochero, de edad mediana, de rostro bondadoso e inteligente, se volvió hacia Nejludov señalándole una enorme casa en construcción. — ¡Vaya edificio que están levantando ahí! —dijo con un tono que parecía indicar su participación, en cierta medida, en aquella construcción, cosa de la que estaba orgulloso. En verdad, la casa era inmensa y de un estilo extraordinario y complicado. Las largas vigas de pino de la armazón, mantenidas por anillos de hierro, rodeaban el edificio, separado de la calle por una valla de planchas. Sobre la armazón hormigueaban los obreros, todos blancos de cal; unos tallaban las piedras y otros las colocaban; otros aún subían pesadas cargas o bajaban barriles vacíos. Un hombre alto, elegantemente vestido, el arquitecto sin duda, señalaba algo al aparejador, quien lo escuchaba con deferencia. Delante de ellos entraban y salían, por la puerta cochera, carros cargados. «¡Y decir que todos los que trabajan y los que los hacen trabajar están convencidos de que eso tiene que suceder así; que, en tanto que en sus casas, en el campo, sus mujeres, embarazadas, están abrumadas por un trabajo superior a sus fuerzas y que sus niños, a punto de morir de hambre, sonríen con aire envejecido, ellos tienen que construir este palacio inútil, estúpido, para algún hombre igualmente inútil y estúpido, para uno de esos que los arruinan y les roban!», pensaba Nejludov mirando la construcción. — ¡Sí, una casa estúpida! —dijo traduciendo en voz alta su pensamiento. — ¿Cómo estúpida? —exclamó el cochero con aire ofendido—; por el contrario, gracias a eso, los obreros tienen trabajo. — Pero también ese trabajo es inútil. —Es útil, puesto que se construye: eso da de comer a la gente. Nejludov se calló. Además, era difícil hablar en medio del estrépito producido por las ruedas. No lejos de la cárcel, el coche abandonó el pavimento para seguir por una calzada de tierra, de forma que era posible entenderse; y el cochero se volvió de nuevo hacia Nejludov. — ¡Bien hay gente que deja el campo para venirse a la ciudad! Y señaló a una cofradía de obreros aldeanos portadores de sierras y hachas, con sus pellizas de carnero y sus sacos a la espalda. Caminaban en dirección contraria a la del coche. — ¿Es que son más numerosos que los años anteriores? —Hay tantos, que ya no encuentran dónde meterse. Los patronos juegan con los hombres como pedacitos de madera. Hay de sobra en todas partes. — ¿Por qué eso? —Son demasiados. Ya no saben adónde ir. — ¿Y qué importa que sean demasiados? ¿Por qué no se quedan en el pueblo? —En el pueblo no hay nada que hacer: no hay tierra. Nejludov tuvo la misma sensación que se experimenta al darse un golpe en un miembro herido: se diría que uno se golpea expresamente siempre en ese sitio, y simplemente parece así porque los golpes allí son más sensibles. «¿Es que en todas partes pasará igual?», pensaba. Interrogó al cochero sobre la cantidad de tierras que había en su pueblo, sobre la extensión de las que poseía él mismo y por qué se había venido a la ciudad. —Tenemos una deciatina de tierra por persona, barin. Poseemos para tres personas. Tengo en casa a mi padre y a mi hermano; otro hermano es soldado. Son ellos los que dirigen todo; por lo demás, no hay nada que dirigir. También mi hermano ha tenido ya el deseo de marcharse a Moscú. —Pero se puede tomar tierra en arriendo. — ¿Dónde quiere usted arrendar nada? Los antiguos señores se han comido su fortuna, y son los comerciantes los que han acaparado toda la tierra. Ésos no dan nada en arriendo; trabajan ellos mismos. Entre nosotros, es un francés el que ha comprado la tierra al antiguo barin. Pues bien, tampoco él arrienda nada. — ¿Qué francés? —Dufar, el francés. Quizás usted haya oído hablar de él. Hace pelucas para los actores del gran teatro. Es un buen negocio, y ha ganado dinero. Ha comprado toda la propiedad de nuestra señorita. Y ahora nos tiene en sus manos. Nos lleva como quiere. Afortunadamente es un buen hombre. En cambio, su mujer, que es una rusa, es una perra de la que Dios nos libre. Roba a todo el mundo como un salteador... Pero ya está aquí la cárcel. ¿Dónde quiere usted bajar? ¿En la escalinata? Creo que no lo permiten. XIII Nejludov, con el corazón oprimido y preguntándose con espanto en qué estado de ánimo iba a encontrar a Maslova, seguía asustado por el misterio que adivinaba en ella y en aquel vínculo que unía a los hombres en la cárcel. Llamó a la puerta principal y pidió al vigilante que vino a abrirle que lo dejara ver a Maslova. Después de haberse informado, el hombre le dijo que Maslova había sido trasladada al servicio de la enfermería. Nejludov fue allí, pues. Un buen viejecillo, guardián de la enfermería, lo hizo entrar y, al enterarse de a quién iba a ver, lo dirigió hacia la sección de los niños. Un joven médico, exhalando un fuerte olor a ácido fénico, vino por el corredor al encuentro de Nejludov y, con tono severo, le preguntó cuál era el objeto de la visita. Este joven médico se mostraba muy bien avenido con los presos, lo que acarrearía a cada instante discusiones poco agradables, bien con los funcionarios de la cárcel, bien con el médico jefe. Temiendo quizá que fueran a pedirle un favor irregular, o queriendo mostrar que no hacía excepciones con nadie, fingió mostrarse riguroso frente a Nejludov. —No hay mujeres aquí: es la sección de los niños —declaró. — Sí, ya lo sé; pero se trata de una presa a la que han trasladado aquí, según me han dicho, como enfermera. —En efecto, tenemos dos; ¿qué desea usted de ellas? —Estoy en relaciones con una, la llamada Maslova —dijo Nejludov —, y quisiera verla. Me marcho a Petersburgo, donde voy a ocuparme en que revisen su sentencia. Y además, me alegraría entregarle esto: no es más que una fotografía —añadió, sacando del bolsillo un sobre blanco. —Bueno, eso puede hacerse —dijo el médico suavizándose. Luego invitó a una vieja enfermera de delantal blanco a que hiciese

venir a la presa Maslova. — ¿Desea usted sentarse o pasar al recibidor? — Gracias — respondió Nejludov. Y, observando la benévola disposición del médico, le preguntó si estaba satisfecho del trabajo de Maslova. — Pues sí, no trabaja mal, teniendo en cuenta las condiciones en que se ha encontrado — respondió el médico—. Por lo demás, hela aquí. En una de las puertas apareció la vieja enfermera, seguida por Maslova. Ésta llevaba un delantal blanco sobre su vestido de tela a rayas, y, a la cabeza, un pañuelo que ocultaba sus cabellos. Al ver a Nejludov, enrojeció, se detuvo vacilante, luego frunció las cejas y, con los ojos bajos, deslizándose con paso rápido por la alfombra del corredor, avanzó hacia él. Al principio no le tendió la mano; luego, habiéndose decidido a hacerlo, se ruborizó más aún. Nejludov no había vuelto a verla desde el día en que ella se había excusado por haberse enfadado con él, y esperaba encontrarla en la misma actitud. Pero esta vez era completamente distinta, y sus rasgos expresaban algo nuevo; se mostraba reservada, tímida, como si creyese que Nejludov la miraba con hostilidad. Él le repitió lo que le había dicho al médico: se marchaba a Petersburgo. Luego le entregó el sobre con la fotografía traída de Panovo. — He encontrado esto en Panovo: es una fotografía de otros tiempos. Tal vez la vea usted con agrado. Quédese con ella. Ella levantó las negras cejas y fijó, bizqueando ligeramente, sus ojos en Nejludov con aire sorprendido, como si se preguntase: «¿A qué viene esto?» Y sin decir palabra cogió el sobre y lo metió en el bolsillo delantero de su delantal. — Vi también en el pueblo a su tía — continuó Nejludov. — ¿La vio usted? — dijo ella con indiferencia. — ¿Y cómo se encuentra usted aquí? — Bien, no está mal. — ¿No es demasiado penoso el trabajo? — No, no demasiado. Sólo que aún no estoy acostumbrada. — Me alegro mucho por usted: esto le conviene más que su vida en el otro sitio. — ¡OH, en el otro sitio! — dijo ella con las mejillas repentinamente arreboladas. — Quiero decir allí en la cárcel — se apresuró a explicar Nejludov. — ¿Y en qué es mejor esto? — Supongo que aquí las gentes serán mejores. No son las mismas que en el otro lado. — Pero también allí hay buenas personas — afirmó ella. — Me he ocupado del asunto de los Menchov; espero que los pondrán en libertad. — ¡Dios lo quiera! Es tan buena esa viejecita — dijo ella, repitiendo su opinión sobre la anciana presa, y sonrió ligeramente. — Cuando llegue a Petersburgo me ocuparé del asunto de usted; espero conseguir que anulen la sentencia. — La anulen o no, ahora poco me importa. — ¿Por qué dice usted «ahora»? — ¿Que por qué? — respondió ella con una breve mirada interrogativa. Ante aquellas palabras y aquellas miradas, Nejludov creyó comprender que ella quería estar segura de si él persistía en su proyecto o si había aceptado la negativa que ella le había opuesto. — No sé por qué le importa a usted eso poco, pero realmente, a mí me importa. Pase lo que pase, estaré siempre dispuesto a hacer lo que le dije — declaró él con firmeza. Ella levantó la cabeza; la mirada de sus negros ojos ligeramente bizcos se detuvo al mismo tiempo sobre él y al lado de él, y sus rasgos se iluminaron de alegría. Pero lo que ella decía era muy distinto de lo que decían sus ojos. — Es completamente inútil hablarme así — murmuró ella. — Le hablo así para que lo sepa. — Todo está ya dicho; no hay más que hablar de eso — dijo ella reprimiendo una sonrisa. En aquel momento, un ruido, seguido de un grito de niño, se oyó en la sala de los enfermos. — Creo que me están llamando — dijo Maslova, volviéndose con la mirada inquieta. — Entonces, adiós. Ella fingió no ver la mano tendida; luego, se apartó, y procurando disimular su triunfo, se alejó con paso rápido. «¿Qué le pasa, qué piensa, qué siente? ¿Es sólo una prueba que me está haciendo sufrir o es que realmente no puede perdonarme? ¿No puede o no quiere ella decirme lo que piensa, lo que siente? ¿Está mejor o peor dispuesta hacia mí?» se preguntaba Nejludov. Y no pudo responderse a estas preguntas. La única cosa que veía era que se operaba en ella un profundo cambio, gracias al cual no solamente él mismo se encontraba más cerca de ella, sino más cerca también de Aquel en nombre del cual ese cambio se realizaba. Y esta comunión lo llenaba de alegría, de energía y de enternecimiento. Mientras tanto, Maslova, de regreso a la sala a la que estaba destinada y que contenía ocho camas de niño, se había puesto, por orden de la enfermera oficial, a hacer las camas. Pero al inclinarse demasiado adelante, con las sábanas en la mano, se resbaló y estuvo a punto de caer. Aquella pequeñez provocó la hilaridad de un muchachito convaleciente, sentado en una de las camas con el cuello vendado; y Maslova, en la imposibilidad de contenerse más, se sentó en la cama y estalló en una franca carcajada, tan contagiosa, que ganó a todos los demás niños. Lo que provocó en la enfermera un movimiento de malhumor. — ¿Qué es eso de reírte así? — dijo a Maslova—. ¿Crees que sigues estando en el sitio donde estabas? ¡Ve a buscar la comida! Maslova dejó de reír, recogió la vajilla y fue adonde la mandaban; pero habiendo cambiado una nueva mirada con el niño al que estaba prohibido reír a causa de su cuello vendado, se le hincharon los carrillos, conteniendo a duras penas una nueva carcajada. En diversas ocasiones, encontrándose sola a lo largo de la jornada, sacó del sobre la fotografía traída por Nejludov para lanzarle una rápida ojeada. Pero solamente por la noche, sola en la habitación que compartía con otra presa-enfermera, sacó la fotografía y la miró largo rato acariciando con los ojos los más íntimos detalles de las figuras, de los vestidos, de los peldaños de la escalinata, de los macizos que servían de fondo y sobre los cuales se destacaban el rostro de Nejludov, el suyo y los de las ancianas señoritas. Un encanto extraordinario se desprendía para ella de esta fotografía pasada y amarillenta; pero le

agradaba sobre todo ver allí su propia imagen, joven, bonita, con los bucles de sus cabellos aureolándole la frente. Estaba engolfada en una contemplación tan profunda, que ni siquiera vio entrar en la habitación a su compañera. — ¿Qué es? ¿Te ha dado él? —le preguntó inclinada por encima de su hombro la alta muchacha bonachona que acababa de entrar—. ¿Eres verdaderamente tú? — ¿Y quién, si no? —dijo Maslova con una sonrisa, mirando a su compañera. — ¿Y éste es él? ¿Cuál de ellas es su madre? —Las dos eran tías suyas. Pero, ¿es verdad que no me habrías reconocido? — ¡Nunca en la vida! Tu cara no es la misma en absoluto. Debe de hacer más de diez años de esto. —No son los años los que me han cambiado; ha sido la vida —respondió Maslova; y su animación se apagó súbitamente. Su rostro se puso triste, y una arruga se ahondó entre sus cejas. — ¿Cómo? Me imagino que la vida «allí» sería fácil. — ¡Sí, sí, fácil! —respondió Maslova, cerrando los párpados y meneando la cabeza—. Peor que trabajos forzados. — ¿Y por qué eso? —Porque era así. Desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Y eso todos los días. — ¿Y por qué no lo dejaste? —Eso es lo que querría una, pero es imposible. Por lo demás, no hablemos de eso —dijo Maslova. Se puso en pie de un salto, tiró la fotografía en el cajón de la mesilla de noche y, esforzándose en reprimir lágrimas de rabia, huyó al pasillo, cerrando la puerta con violencia. Al volver a ver aquella fotografía se imaginó ser tal como estaba allí representada: soñaba con toda la felicidad que había tenido, que entonces aún podía compartir con él. Pero las palabras de su compañera le recordaron lo que ella era hoy, lo que había sido «en aquel sitio», el horror que vagamente había intuido de aquella existencia, pero que no había querido confesarse. Se acordó de las noches horribles; en particular de una noche de carnaval en que esperaba al estudiante que había prometido sacarla de aquel infierno. Se acordó de que, vestida con un traje de seda roja, muy escotado y manchado de salpicaduras de vino, una cinta roja en los despeinados cabellos, exhausta, debilitada, embriagada, después de haber despedido a las dos de la madrugada a los visitantes y antes de ponerse de nuevo a bailar, había ido a sentarse un momento al lado de la pianista, flaca y huesuda criatura cubierta de barrillos, y le había confesado lo muy penosa que le resultaba aquella existencia. La pianista declaró también estar cansada de la vida que llevaba y, habiéndose acercado Clara, las tres habían decidido renunciar a aquella existencia. Pensaban que aquella noche había acabado, y ya se separaban, cuando de nuevo se dejaron oír a la entrada voces de clientes achispados. El violinista había empezado un estribillo, y la pianista se había puesto a tabalear, a guisa de acompañamiento, los primeros compases de un aire ruso de los más alegres. Un hombrecillo ebrio, de frac y corbata blanca, hipando y apestando a vino, agarró a Maslova por la cintura; un hombre alto y barbudo, igualmente de frac, (venían de un baile), apresó a Clara, y durante mucho tiempo estuvieron dando vueltas, cantando, gritando y bebiendo... Así había pasado un año, luego dos, luego tres. ¡Cómo no cambiar de aspecto! ¡Y únicamente él era la causa de todo aquello! Sentía despertarse su odio contra Nejludov más intensamente que nunca. Habría querido poderlo insultar, abrumarlo de reproches. Se enfadaba consigo misma por haber dejado escapar aquel día una nueva ocasión de demostrarle que lo conocía bien, que no le permitiría abusar esta vez de su alma como había abusado de su cuerpo, ni servirle de pretexto para desplegar su generosidad. Y para ahogar este sentimiento doloroso de lástima hacia ella misma y de cólera insatisfecha contra él, habría querido beber aguardiente. A pesar de su juramento de no beberlo nunca más, no habría mantenido su palabra y lo habría bebido, si hubiese estado aún en la celda de la cárcel. Pero el ayudante del cirujano tenía la custodia del aguardiente, y Maslova le tenía miedo, porque la perseguía con sus asiduidades, y ahora le causaban horror cualesquiera relaciones con los hombres. Después de haber permanecido sentada en un banco, en el corredor, volvió a entrar en su habitacioncita y, sin responder a las palabras de su compañera, lloró largamente por su vida perdida. (*san jose state university computer science quora*).

Audiolibro Resurrecci N De Le

N Tolst I Segundaparte Cap
Tulos I Xiii

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>